

OCTAVIO

(Escrito entre los años 175-250)

Marco Minucio Félix

INTRODUCCIÓN

La única apología del cristianismo escrita en latín y en Roma durante el tiempo de las persecuciones es el diálogo Octavio. Se conserva en un solo manuscrito, el Codex Parisinus 1661, saec. IX, como si fuera el libro octavo de la obra de Arnobio Contra los paganos. De hecho, su verdadero autor fue Minucio Félix, como lo testifican Lactancio y San Jerónimo. Lactancio nos da la siguiente información: «Entre los defensores de nuestra fe que conozco, Minucio Félix ocupa un lugar muy distinguido en el foro. Su libro titulado Octavio demuestra qué campeón más excelente de la verdad habría sido de haberse dedicado enteramente a esta clase de estudios» (Div. inst. 5, 1,21). Jerónimo habla de él en varias ocasiones. En el De viris illustribus 58 leemos: «Minucio Félix, distinguido abogado de Roma, escribió un diálogo donde narra una disputa que sostuvieron un cristiano y un gentil; el diálogo se intitula Octavio».

El escenario del diálogo es Roma. Tres personajes toman parte en la discusión: el autor, el abogado Marco Minucio Félix, y sus dos amigos, el cristiano Octavio y el pagano Cecilio. Octavio, que ejercía la misma profesión que Minucio Félix, había venido del África en viaje de visita. Cecilio parece ser natural de Cirta de Numidia, porque habla de Frontón, también de Cirta, como de su conciudadano. La realidad histórica de la conversación es dudosa. El autor toma como modelo los diálogos de Cicerón y se vale de esta forma literaria para presentar la causa del cristianismo frente al paganismo. Sin embargo, no se sigue de ahí que los personajes que toman parte en el diálogo sean ficticios.

A lo que parece, la obra fue escrita en memoria de Octavio, ya muerto, porque el autor empieza evocando la íntima amistad que les había unido. Tenían un solo pensamiento y un solo corazón. Ambos habían abrazado la fe al mismo tiempo.

En los pasatiempos y en los asuntos más serios guardábamos armonía perfecta, idéntica voluntad: hubiérase dicho que teníamos una sola alma dividida entre los dos. Él fue confidente de mis amores, colega en mis extravíos religiosos, y cuando, disipada la ceguera, nacía yo del abismo

de las tinieblas a la luz de la verdadera sabiduría, quísome por compañero, y, lo que es más glorioso todavía, me precedió en esta empresa. Al recordar, pues, todo el tiempo de nuestra vida común y de nuestra familiaridad, mi atención se ha fijado, con preferencia, en un grave razonamiento con que atrajo a Cecilio de sus vanas supersticiones a la verdadera religión (1. *Excelsa* 11, p.36).

La conversación se supone que tuvo lugar durante un paseo a Ostia, famoso lugar de recreo de los romanos. Al pasar por delante de una estatua de Serapis, Cecilio le echó un beso. Este incidente dio origen a una discusión, que tomó la forma de un debate en el foro: Cecilio actuaba de fiscal, Octavio se encargaba de la defensa y Minucio presidía como árbitro en el conflicto entre la fe antigua y la nueva (1-4). Al llegar al final del muelle, se sentaron, y Cecilio abrió la discusión con una apasionada defensa del paganismo y un violento ataque contra el cristianismo. Como buen filósofo de la Academia, sabe combinar una actitud generalmente escéptica con un entusiasmo por la tradición desprovisto de crítica. Su discurso puede resumirse en estos tres puntos (5-15):

a) En los asuntos humanos, todo es dudoso e incierto y está en suspenso, más bien cuestión de probabilidad que de certeza. La inteligencia del hombre es tan limitada que no puede conocer ni las cosas de arriba ni las de abajo. Pero, si nuestra audacia y avidez tratan todavía de resolver los enigmas del universo, no hay necesidad de recurrir a un dios ni a un creador. Al contrario, el desorden que existe en el mundo físico y moral habla contra una divina providencia. Una casualidad sin ley, caprichosa y llena de azares lo gobierna todo (5).

b) Por lo tanto, lo mejor es aceptar las enseñanzas de nuestros mayores, conservar las creencias que hemos recibido y adorar a los dioses que aprendimos a venerar desde la cuna. Ellos son los que han hecho adelantar los límites del imperio allende las sendas del sol y más allá de los confines del océano (6-7).

c) Es intolerable que haya hombres que estén tan orgullosos y engreídos de su saber que se atrevan a abolir y socavar una región tan antigua, tan útil y tan saludable, como hacen los cristianos. Son ateos, conspiradores que introducen en todas partes un culto obsceno, una promiscuidad de «hermanos» y «hermanas». Bajo la capa de un nombre sagrado, la simple fornicación se pervierte en incesto. Esta vana y estúpida superstición se gloria en el crimen. Sus doctrinas de un Dios, de la destrucción del mundo por el fuego, de la inmortalidad y resurrección de la carne, del premio y del castigo eterno, son absurdas (5-13).

Octavio contesta a este violento ataque en un tono sereno y persuasivo, siguiendo a su adversario paso a paso. Su refutación va precedida de algunas palabras de Minucio, que advierte a los contrincantes que no se dejen fascinar por el sonido de las palabras e insiste en el fin único del debate, que es la búsqueda de la verdad.

Octavio desarrolla los siguientes puntos:

a) Cuando Cecilio dio rienda suelta a su indignación y se lamentó de que gente analfabeta, pobre e ignorante, como son los cristianos, se metiera a discutir sobre cosas sobrenaturales, debería haberse acordado de que todos los hombres, sin distinción de edad, sexo o categoría, son creados con la facultad de razonar y entender. El discernimiento no se adquiere con la fortuna, sino que lo implanta la naturaleza. Los ricos, absorbidos por sus negocios, abren sus ojos más al oro que al cielo. Son los humildes los que han meditado en la sabiduría y han transmitido a otros sus enseñanzas. Los que consideran el plan de este gran universo no como el producto de la inteligencia divina, sino como un conglomerado de elementos y átomos reunidos por el azar, no tienen juicio, ni sentido, ni siquiera ojos. Si levantamos nuestros ojos al cielo y vemos todas las cosas que hay debajo, salta a la vista que hay una divinidad que inspira, mueve, alimenta y dirige toda la naturaleza. Este poder supremo no puede ser susceptible de división, sino que tiene que ser uno. Dios, es verdad, no puede ser visto con ojos humanos, pues es demasiado brillante para la vista. Pero existe, como existe el sol, en el que tampoco podemos fijar nuestros ojos. En esto los poetas y filósofos paganos están de acuerdo con los cristianos, de manera que podríamos llamar filósofos a los cristianos de hoy, y cristianos a los filósofos de antaño (14-19).

b) Por eso no debemos dejarnos cautivar por nuestras fábulas ni descarriar por una tradición ignorante. La religión pagana es una mezcla fantástica de mitos y misterios repugnantes e inmorales. Ciertamente no ha sido esta superstición la que ha dado a los romanos el imperio del mundo. Todo lo que ellos tienen, ocupan y poseen es el botín de la violencia. Sus templos son fruto del botín de las ciudades que arruinaron. No es la religión lo que ha hecho grandes a los romanos, sino la impunidad de sus sacrilegios (20-27).

c) Las acusaciones relativas a la conducta y creencias de los fieles son calumnias que han propalado los demonios. Las principales doctrinas del cristianismo se pueden demostrar con argumentos de razón, como lo certifican los mismos filósofos paganos. El comportamiento de los fieles es su mejor apología. No predicán grandes cosas, pero las viven (28-38).

Después de esta demostración magistral no había necesidad de arbitro. Cecilio mismo se declara convencido sobre los puntos principales. Las dificultades de menor envergadura se dejan para más tarde. Minucio se siente aliviado al verse dispensado de la odiosa tarea de dar sentencia. El diálogo termina con estas palabras: «Seguimos luego nuestro camino, contentos y felices, Cecilio por haber hallado la fe, Octavio por haber ganado una victoria, y yo por la fe del uno y la victoria del otro» (40).

Esta deliciosa defensa del cristianismo ha sido admirada siempre por su nobleza y elegancia. El autor muestra una notable imparcialidad hacia los puntos de vista paganos. Aun cuando refuta las calumnias que se aducían contra los cristianos, procura evitar todo lo que pueda parecer ofensivo. El diálogo está bien llevado. La presentación es agradable. Hay claridad de expresión. La materia está bien distribuida. No hay digresiones. Todas estas cualidades contribuyen a hacer del Octavio la más bella apología de la Iglesia primitiva. Su estilo pulido, sus períodos bien equilibrados y su atención meticulosa a las reglas clásicas del ritmo de la prosa hacen recordar mucho a Cicerón. Cicerón fue, sin duda alguna, su modelo. El De natura deorum no solo le proporcionó la trama del libro, sino que todo un pasaje (1,25-42) reaparece al pie de la letra en el Octavio (c.19). También utilizó otros escritos del maestro, especialmente De divinatione y De república. También toma bastante de Séneca. La ética del diálogo tiene muchos puntos de contacto con el ideal de la filosofía estoica. Cita varias veces a Platón. Hay reminiscencias de Homero, Jenofonte, Floro, Horacio, Juvenal, Lucrecio, Marcial, Ovidio, Salustio, Tibulo y Virgilio. Por lo que toca a fuentes cristianas, se advierten numerosas analogías con los primeros apologistas, por ejemplo, Justino, Taciano, Atenágoras y Teófilo; mas esas semejanzas no son lo suficientemente acusadas como para poder probar una dependencia verdadera. El Octavio no cita ni un solo pasaje de la Escritura. La explicación más probable de esta anomalía es que Minucio se proponía, ante todo, convencer a los paganos cultos, y, a los ojos de estos, la Escritura no tenía ningún valor probativo. Por la misma razón, probablemente, el diálogo contiene muy pocos elementos característicos de la verdad revelada. La doctrina de Dios corresponde a la concepción estoica. El monoteísmo y la fe en la inmortalidad del alma son los dos polos alrededor de los cuales gira la filosofía del autor. El cristianismo se presenta a sus ojos como una moral puesta en práctica.

Para determinar la fecha de composición del Octavio es importante observar la estrecha relación de ideas y expresiones que guarda con el Apologeticum de Tertuliano, escrito hacia el 197,

y, en algunos casos, con el Ad nationes del mismo autor. Estas analogías parecen probar que hay dependencia entre los dos tratados. Pero dista aún mucho de estar definitivamente resuelta la difícil cuestión de prioridad, que ha sido largamente discutida por los sabios. San Jerónimo (De vir. ill. 53.58; Epist. 70,5) concede la prioridad a Tertuliano, pero hay muchas razones en favor de la opinión contraria.

Johannes Quasten.
Patrología I.
Biblioteca de Autores Cristianos, 3ª edición, Madrid, 1978.
págs. 460-464



OCTAVIO

PREÁMBULO

I. Nostalgia de Minucio Félix por Octavio

Cuando pienso en mi amado Octavio, y traigo a la memoria aquellos felices momentos que tan rápidamente se me pasaban en su compañía, me parece que lo veo a mi lado y que gozo todavía de los encantos de su amistad, a pesar de que se ha fugado para siempre de mi vista: tengo tan profundamente grabadas su memoria y su imagen en mi corazón. ¿Y, cómo era posible, que yo dejase de suspirar continuamente por aquel hombre aventajado, por aquel hombre santo que me amó con tanta ternura y constancia, y que nunca jamás, ni en las cosas frívolas, ni en las de mayor importancia, tuvo otra voluntad que no fuera la mía? Parecía que una misma alma animaba nuestros dos cuerpos. Solo él fue el confidente de mis flaquezas, y si bien es cierto que me sirvió de compañero en mis descarríos, también lo es que me mostró el camino, cuando de la profunda noche del error y del paganismo, pase al gran día de la verdad y de la sabiduría. Sobre todo, me complazco cuando me acuerdo del admirable discurso que le hizo a Cecilio, nuestro común amigo, para desengañar sus supersticiones, y hacerle abrazar la verdadera Religión.

II. Visita de Octavio y excursión a Ostia

Ocurrió que, impelido Octavio por sus negocios, y animado por el deseo de verme, vino a Roma dejando su casa y separándose de los brazos de su mujer y de sus hijos, que se hallaban justamente en aquella edad de la inocencia que los hace todavía más interesantes, cuando la lengua no hace más que tartamudear y comenzar a formar las palabras sin poder pronunciarlas de manera correcta. Es imposible poder explicar la alegría que sentí al ver a un amigo tan amado. Solo digo, que fue tanto más viva, cuanto había sido menos esperada.

Los sentimientos y la curiosidad de la amistad se llevaron los dos primeros días, pasados los cuales fuimos en compañía de Cecilio a la encantadora Ciudad de Ostia. Este ejercicio fue para mí un remedio muy agradable y provechoso, después de los baños de mar que acababa de tomar. Las ocupaciones del Foro, suspendidas con motivo de las vacaciones, daban lugar a los placeres que

trae consigo la vendimia, y el otoño, en recompensa de los pasados ardores del estío, nos ofrecía su apacible temperamento. Habíamos salido los tres un día muy de mañana, con el objeto de respirar el aire fresco y puro, y disfrutar del placer del paseo sobre la arena que cubre la ribera. Y Cecilio, mientras pasábamos junto a una estatua de Serapis,¹ se llevó la mano a la boca y la besó, como era la costumbre de los idólatras.

III. Crítica de Octavio a Cecilio

«En verdad, hermano mío —me dijo entonces Octavio—, que un hombre virtuoso como tú no debe permitir, que esté sumido en tan deplorable ceguedad un amigo, que no se aparta de tu lado ni debe sufrir tampoco, que invoque unas imágenes de piedra, cubiertas de esencias y coronadas de flores, porque al fin y al cabo sobre ti ha de recaer toda la ignominia».

Distraídos en nuestra conversación, atravesamos la ciudad y llegamos a la playa, donde parecía que el mar había afirmado y allanado, para nuestro paseo, la arena que la cubría. Como el mar, aun en tiempo de calma, no deja de tener siempre alguna agitación, aunque por entonces no veíamos olas turbulentas, no puedo expresar cuanto nos divertíamos al contemplar los variados movimientos de las olas, que ya venían formando mil juegos para romperse a nuestros pies y luego se retiraban precipitadamente. Caminábamos con la mayor tranquilidad por aquella ribera sin advertir el camino que andábamos, porque Octavio nos distraía con su discreta plática sobre la navegación. Volvimos luego pasos atrás y nos detuvimos en un lugar del puerto, donde había distintas y pequeñas embarcaciones sujetas a estacas. También disfrutamos del espectáculo de un grupo de muchachos, que se estaban divirtiendo con un juego, que consiste en tirar oblicuamente piedrecitas o guijarros delgados sobre el agua, de suerte que la piedra rase la superficie, se esconda un poco, como si nadara, y luego impulsada vuelva a aparecer, para esconderse inmediatamente, y rebotar de nuevo. Queda por fin vencedor en este juego, aquel cuya piedra alcance la mayor distancia y dé el mayor número de rebotes sobre el agua.

IV. Cecilio propone el debate

Octavio y yo nos divertíamos con este espectáculo, pero Cecilio, por el contrario, estaba algo

1 Serapis o Sarapis. Deidad que resultó de la fusión de los dioses Osiris y Apis de Egipto, con elementos de deidades griegas, especialmente Zeus.

distante, y al parecer, reflexivo y disgustado. «¿Qué tienes? —le dije—. ¿Qué ha ocurrido con aquella amable alegría que se manifestaba siempre en tus ojos y no se alejaba de tu rostro, aun en los asuntos más serios?»

«No puedo negar —me respondió—, que la reconvención que Octavio te ha hecho, me ha tocado en lo más profundo, porque tachándote a ti de negligente, me hace a mí pasar por de ignorante. Pues bien, esto no ha de quedar así, sino que por el contrario, Octavio y yo debemos tratar a fondo la cuestión. Si te parece bien, yo haré que Octavio, que es de tu misma secta,² conozca brevemente que es mucho más fácil contender como amigos, que platicar según el método de los sabios. Sentémonos, pues, sobre este muelle que hay aquí para resguardo de los baños, y de este modo hablaremos con mayor placer».

Nos sentamos, en efecto, y a mí me colocaron en medio, no por ceremonia, ni tampoco para honrarme, sino para que, como árbitro, los pudiera oír mejor, y para que de este modo estuvieran separados los contendientes. Pues por lo demás, es cosa bien sabida que entre amigos no hay distinción, y que la amistad nos halla, o por lo menos nos hace a todos iguales.

PRIMERA PARTE

Argumentos de Cecilio a favor del paganismo y en contra del cristianismo

V. El azar explica lo real

Cecilio comenzó de esta manera. «Marco, querido hermano mío —me dijo a mí—, aunque tú has tomado ya partido sobre del objeto de nuestra disputa, pues nos abandonaste y te pasaste a las filas del enemigo, debes, sin embargo, como juez íntegro, mantener la balanza tan igual, que se conozca que tu juicio definitivo ha sido dictado por la fuerza de nuestras razones, y no por tu particular modo de pensar.

«Si te desnudas de toda preocupación —continuó dirigiendo su discurso a Octavio—, no me será difícil demostrarte que en las cosas humanas todo es dudoso, incierto y problemático; y que nosotros podemos, a lo sumo, arribar a la credibilidad, pero de ningún modo a la verdad. Por eso

2 Referencia a un grupo o creencia religiosa.

me admira que haya hombres, que cediendo a la fuerza de la desidia y del enojo, abrasen ciegamente la primera opinión que se les presenta, en vez de armarse de un valor obstinado para investigar la verdad, examinarla y profundizarla. Pero todavía es más doloroso y reprehensible, que los ignorantes y los más ordinarios artesanos la desconozcan, y pretendan decidir sobre la naturaleza del ser supremo, cuando se sabe, que todas las escuelas de los filósofos han discutido hasta ahora sobre este asunto, y todavía no se han puesto de acuerdo, porque la flaqueza humana está tan lejos de poder elevarse hasta la divinidad, que ni siquiera nos es dado conocerla, ni permitido tampoco investigarla. Y aún más, que sería una impiedad que profanásemos lo que está en el cielo sobre nuestras cabezas, o lo que está debajo de nuestros pies en las entrañas de la tierra. Tengámonos por bastante felices y por bastante sabios, si según el consejo de aquel antiguo oráculo, llegamos a conocernos a nosotros mismos.

«Pero si no sabemos contenernos dentro del estrecho círculo en que giramos, y habiendo sido arrojados a la tierra, intentemos locamente volar más allá de los astros, por lo menos no nos forjemos fantasmas engañosos y temibles. Si los elementos de todos los seres se reuniesen por su propia virtud en el principio, y su concurso fortuito formase el mundo tal cual le vemos, ¿qué necesidad hay para que reconozcamos a un dios por autor o por arquitecto? Si el fuego encendiese los astros, si el cielo se suspendiese por sí mismo, si la tierra se asegurase por su propio peso, si las aguas, por su inclinación natural, se precipitasen en el mar, ¿para qué esa nueva religión, ese espantajo, esa superstición? Todo hombre, todo animal formado por la mezcla espontánea de los elementos, se disuelve en los mismos elementos cuando deja de vivir, por consiguiente, todos los seres, cuando se destruyen, se descomponen y vuelven a sus primeros principios. Para esto, ni se necesita un obrero, un juez, o un creador. Los soles que alumbran el universo se forman por la mezcla de la materia ardiente, y de las exhalaciones y vapores de la tierra se forman las nieblas y los nublados que se elevan sobre el aire, y cuando descienden producen la lluvia, el granizo y el soplo de los vientos. El choque de las nubes hace que resuene el trueno, que centelleen los relámpagos y que se encienda el rayo; y estos fuegos tan temidos caen accidentalmente y sin distinción sobre las montañas, sobre los árboles, sobre los lugares sagrados y los profanos, sobre los hombres religiosos y sobre los perversos.

«¿Y qué diré yo de las tempestades, que todo lo destruyen y trastornan sin distinción y sin examen? ¿Qué de los naufragios, en los que tanto los buenos como los malos padecen confusa-

mente? ¿Qué de los incendios, que abrasan al culpable y al inocente? ¿Qué de las pestes, que corrompen el aire y arrasan con todos los hombres indistintamente? ¿Qué diré, por fin, de la calamidad de la guerra, en la que los más valerosos son los primeros en sucumbir? Y aun en tiempo de paz, ¿no vemos frecuentemente que el vicio no solo camina junto con la virtud, sino que también llega a verse incensado y adorado, de manera que se ignora, si se han de detestar los crímenes de los malos o se ha de envidiar su felicidad?

«Si la providencia, o alguna divinidad rigiera al universo, ni veríamos a un Fálaris o un Dionisio sobre el trono, ni a un Rutilio o un Camilo desterrados, ni a un Sócrates condenado a beber la cicuta.³ Vemos los árboles cargados de frutos, las viñas colmadas de uvas, las espigas en su mejor sazón, y de repente las lluvias lo destruyen todo y una horrible tempestad todo lo arrasa. Confesemos, pues, que nada sabemos, o reconozcamos en todo esto los juegos de la fortuna, que domina como soberana absoluta sobre los hombres y sobre la tierra. Y puesto que la naturaleza nos es desconocida, sino recurrimos al imperio de la fortuna, ¿qué cosa mejor podremos hacer, sino adherirnos a las tradiciones antiguas, como a las más seguras garantes de la verdad, y seguir las religiones establecidas?

VI. Elogio a la religiosidad romana

«Ya se trate de la fortuna cierta, ya de la naturaleza incierta, cuánto más respetable y mejor es que los maestros de la verdad acepten la enseñanza de los antepasados, que cultiven las religiones tradicionales, que adoren a esos dioses a los que sus padres antes han aprendido a temer que a conocer íntimamente, que no opinen acerca de la divinidad, sino que se fíen de los antepasados, quienes, viviendo en una época inculta, en el nacimiento mismo del mundo, merecieron tener a los dioses favorables o tomarlos por reyes.

«Esta es la razón por la que en todos los imperios, provincias y ciudades, vemos que cada pueblo tiene los ritos sagrados propios de su nación y da culto a los dioses locales, como los eleusinos a

3 Fálaris: tirano de Agrigento que hacía quemar a sus víctimas en el interior de un toro de bronce. Dionisio: tirano de Siracusa, célebre también por su crueldad. Rutilio: cónsul en tiempo de Sila, se exilió por estar en desacuerdo con éste. Sócrates: uno de los máximos exponentes de la filosofía griega, maestro de Platón y condenado a muerte por su filosofía.

Ceres,⁴ los frigios a la Madre,⁵ los epidauros a Esculapio,⁶ los caldeos a Belo,⁷ los sirios a Astarté,⁸ los de Táuride a Diana,⁹ los galos a Mercurio,¹⁰ y los romanos a todos ellos.¹¹

«Así, su poder y autoridad ha llenado el orbe entero, y su imperio se ha extendido más allá de los caminos del sol y de los confines del océano, ya que en el combate no han dejado de practicar la piedad, fortaleciendo la ciudad con sus cultos, con la castidad de sus vírgenes, con los muchos honores y títulos de sus sacerdotes; como cuando, sitiados y asediados por el enemigo, con excepción del Capitolio, tras rendir culto a los dioses, lo que cualquier otro hubiera evitado por considerarlos enojados, sin otras armas que la práctica de su religión, atravesaron las filas de los galos sorprendidos por la audacia de su piedad;¹² o cuando, en la conquista de las murallas enemigas, apenas lograda la victoria, veneran a las divinidades vencidas, pues en todas partes buscan a los dioses extranjeros y los hacen suyos, dedicando altares incluso a los dioses desconocidos y a los espíritus de los muertos. De este modo, al aceptar los cultos de todos los pueblos, se hicieron merecedores también de sus reinos. Desde entonces se ha mantenido siempre en alto grado el respeto, que no solo no disminuye con el tiempo, sino que aumenta, como quiera que los años suelen conceder a las ceremonias y a los templos tanta santidad cuanto vejez les añaden.

VII. Poder de los dioses romanos

«No por casualidad nuestros antepasados —que me sea permitido entretanto hacer una concesión y equivocarme así más fácilmente—, han puesto gran cuidado en la observación de los augurios, en la consulta de las vísceras, en el establecimiento de los cultos o en la dedicación de los templos. Mira lo que has leído en los libros, y descubrirás que nuestros antepasados al introducir los ritos de todas las religiones, lo hicieron, o para agradecer la complacencia divina, o para alejar su cólera inminente o para aplacarla, si ya se había desatado y desencadenado. La Madre de Ida¹³ es testigo, la cual probó con su llegada la castidad de una matrona y liberó a la ciudad del miedo

4 O Deméter, diosa de las mieses.

5 La diosa es Cibeles (en Grecia Rea), esposa de Saturno.

6 Esculapio o Asclepio, dios de la medicina e hijo de Apolo y de Comis.

7 Belo o Baal, que significa «señor», fue rey de Babilonia y a su muerte se le veneró como un dios.

8 Divinidad siria, diosa del amor y de la belleza, equivalente a Venus o Afrodita.

9 Diosa de la caza, equivalente a la Artemisa griega.

10 Mercurio (el Hermes griego), dios del comercio, era el más representativo de la Galia romana.

11 Característica de la religiosidad romana, era la de incorporar las divinidades de los diferentes pueblos conquistados y a darles culto.

12 Se refiere al asedio del Capitolio por los galos, en el año 390 A.C., después de saquear Roma.

13 Cibeles, llamada Madre de los dioses o Gran Madre.

al enemigo; testigos son las estatuas erigidas junto al lago en honor de los dos hermanos a caballo, que los representan tal como se aparecieron, cuando, con los caballos jadeantes que echaban espuma y vaho, anunciaron la victoria sobre Perseo el día mismo en que la habían obtenido;¹⁴ testigo es la repetición, como consecuencia del sueño de un hombre de la plebe, de los juegos en honor de un Júpiter ofendido;¹⁵ testigo es también el sacrificio que hicieron los decios;¹⁶ testigo es Curdo, quien, con la mole del jinete y con las ofrendas que se le hicieron, llenó el profundo abismo que se había abierto.¹⁷

«Los desprecios de los auspicios han atestiguado, con mayor frecuencia de lo que quisiéramos, la presencia de los dioses. Así, Alia es un nombre infausto,¹⁸ Claudio y Juno no recuerdan el combate contra los cartagineses, sino un naufragio funesto, Flaminio despreció los augurios para que el lago Trasimeno fuera mayor y se tiñera de la sangre de los romanos,¹⁹ y Craso, para que rescatáramos nuestros estandartes de los Partos, se hizo merecedor de los malos presagios y se burló de ellos.²⁰ Omito numerosos hechos del pasado, y dejo de lado las composiciones de los poetas acerca de las genealogías de los dioses y de sus dones y regalos; paso también por alto los vaticinios y oráculos acerca del destino, para que la antigüedad no os parezca demasiado fabulosa. Dirige tu mirada a los templos y santuarios de los dioses que protegen y embellecen la ciudad de Roma: son más venerables por las divinidades que en ellos habitan, residen y están presentes, que suntuosos por el culto, el ornato y las ofrendas. Además, ahí es donde los adivinos, saciados y poseídos por el dios, se adelantan al futuro, preparan contra los peligros, proporcionan remedio en las enfermedades, esperanza a los afligidos, ayuda a los necesitados, consuelo en las calamidades, alivio en las fatigas. Es en el sueño cuando vemos, oímos, reconocemos a los dioses a los que durante el día negamos, rechazamos y ofendemos con perjurio.

14 Se refiere a la leyenda de la aparición a caballo de los gemelos Castor y Pólux, llamados los Dióscuros o Castores, personajes legendarios, junto a la fuente Iuturna en Roma, el mismo día en el que el ejército romano derrotó a Perseo, rey de Macedonia, en la batalla de Pidna en el 168 A.C.

15 El año 491 A.C. se repitieron los juegos por la insistencia del plebeyo Titus Latinus, quien alegaba un sueño que había tenido.

16 Tres miembros de tres generaciones sucesivas de la familia de los decios se lanzaron a la batalla contra el enemigo, ofreciendo su vida a los dioses a cambio de la victoria. Publius Decius Mus murió en la batalla en el año 340, su hijo en 295 y su nieto en 275.

17 El año 362 A.C. se abrió una profunda brecha en medio del Foro romano y el oráculo anunció que alguien debía sacrificarse a sí mismo para llenarlo. Eso hizo Marcus Curtius, precipitándose junto con su caballo. La multitud arrojó gran número de ofrendas y así se llenó la brecha.

18 El año 390 A.C. los romanos fueron vencidos por los galos junto al río Alia, afluente del Tíber.

19 Claudio y Juno eran cónsules el año 249 A.C., durante la primera guerra púnica. La batalla junto al lago Trasimeno, en la que el cartaginés Aníbal derrotó al ejército romano mandado por Flaminio, tuvo lugar el año 217 A.C.

20 Craso fue derrotado por los Partos el año 53 A.C. Los estandartes fueron recuperados por los romanos el año 20 A.C.

VIII. Los cristianos son conspiradores

«Tomando en cuenta que todas las naciones convienen en reconocer a los dioses, aunque no conozcan su origen y naturaleza, ¿habrá paciencia para tolerar la audacia, y la orgullosa y pretendida sabiduría de aquellos que intentan debilitar o destruir una religión tan antigua, tan útil y saludable? Tanto Teodoro de Cirene,²¹ como, antes de él, Diágoras de Melos,²² al que la antigüedad le puso el sobrenombre de ateo, negaron la existencia de los dioses y con ello suprimieron completamente todo respeto y todo temor, con cuya ayuda se gobierna el género humano, y, sin embargo, nunca gozarán de renombre y autoridad con la doctrina impía de su falsa filosofía.

«Si los atenienses expulsaron a Protágoras de Abdera²³ y quemaron públicamente sus escritos, pues se dedicaba a disertar acerca de la divinidad, más por medio de argumentos que de modo sacrílego, ¿no es cosa deplorable que unos hombres de una secta proscrita y desesperada vayan congregando a los más ignorantes, que se encuentran en las heces del pueblo, a las mujeres débiles y crédulas, con el fin de formar una conjuración impía contra nuestros dioses, y de unirse por medio del crimen, de juntas nocturnas, ayunos solemnes, y banquetes inhumanos? ¡Oh nación tenebrosa!, enemiga de la luz, muda en público y parlanchina en secreto. Desde el seno de la miseria miran esos hombres a nuestros templos, como si fueran mataderos, insultan a nuestros dioses, se burlan de nuestros sacrificios, se duelen de los honores del sacerdocio y desprecian la púrpura; al paso que ellos, medio desnudos y dementes en exceso, provocan los suplicios presentes, porque temen otros e inciertos futuros, y miran la vida con desprecio, con tal de no morir después de la muerte. De manera que una loca esperanza de la resurrección los libera de toda especie de temores.

IX. Abominación de los ritos y costumbres cristianas

«Como el mal es fecundo, y la corrupción hace cada día nuevos progresos, esta facción impía y malvada se va esparciendo por toda la tierra. No basta ya mirarla con horror, es menester exterminarla enteramente. Ellos se conocen por medio de señales secretas, se aman casi antes de conocerse, llaman religión a los más vergonzosos desórdenes, se tratan todos como hermanos y herma-

21 Filósofo de la escuela cirenaica que vivió en los siglos V-IV A.C. y que, debido a su ateísmo, fue expulsado primero de Cirene y luego de Atenas, ciudad en la que se había refugiado.

22 Poeta contemporáneo de Sócrates (s. V A.C.), fue condenado a muerte en Atenas por haberse burlado de los misterios de Eleusis, pero logró escapar.

23 Célebre sofista, nació hacia el año 485 y murió hacia el 415 A.C. Acusado de ateísmo, fue expulsado de Atenas.

nas, para dar el carácter de incesto a lo que sería un crimen ordinario. Esa vana e insensata superstición ilustra y engrandece los vicios más infames.

«Es indudable que la fama no detendría la consideración en todos estos rumores, si no tuvieran algún fundamento, ni les imputaría a los cristianos todas estas abominaciones, si no fueran verdaderas. Yo oigo decir, que ellos adoran la cabeza del animal mas despreciable de todos, a saber, el asno, culto muy digno de gentes de esta especie. Otros cuentan que rinden culto a los genitales de su jefe religioso y de su sacerdote, como si de ese modo adoraran el sexo de su propio padre. No sé si será una falsedad, pero, en todo caso, se trata de una sospecha que calza muy bien con las ceremonias secretas y nocturnas. Lo cierto es, que adoran a un hombre que padeció el mayor suplicio, y también a la cruz en que murió. Este es propiamente el altar que les conviene, y aquel el dios que merecen adorar.

«Por lo que respecta a la iniciación de los principiantes, las habladurías son tan detestables como conocidas. Delante de quien va a iniciarse en los ritos sagrados se pone a un niño cubierto de harina, para engañar a los más incautos. El niño muere como consecuencia de las heridas invisibles y encubiertas producidas por el principiante, incitado por la capa de harina a asestar golpes que cree inofensivos. Luego, ¡oh impiedad!, lamen con avidez la sangre de este niño y se reparten sus miembros; con esta víctima sellan una alianza y con la conciencia de este crimen se comprometen a guardar mutuo silencio. Esos ritos sagrados son más abominables que todos los sacrilegios.

«También es conocido lo concerniente a su banquete, pues todo el mundo habla de ello por doquier; así lo atestigua el discurso de nuestro conciudadano de Cirta.²⁴ En un día señalado se reúnen para el banquete personas de todos los sexos y edades con todos sus hijos, hermanas y madres. Allí, después de un copioso festín, cuando el ambiente del banquete se ha caldeado y la embriaguez ha inflamado el ardor de la pasión incestuosa, incitan a un perro, que ha sido atado a un candelabro, a realizar saltos y brincos, echándole una pizca de carne más allá del largo de la cuerda con la que está atado. Derribada y extinguida así la luz que sirve de testigo, se entregan, protegidos por las tinieblas impuras, a las solicitudes de una pasión repugnante por medio de la incertidumbre del azar, de manera que aunque no todos sean de hecho incestuosos, son sin embargo igualmente cómplices del incesto, pues cualquier cosa que cada uno de ellos pueda realizar

24 Marco Cornelio Frontón, famoso orador que nació en la ciudad de Cirta hacia el año 100. De este texto del *Octavio*, que por otra parte es el único testimonio, se deduce que Frontón pronunció un discurso contra los cristianos.

responde al deseo de todos.

X. Impotencia del Dios de los cristianos

«Paso muchas cosas en silencio, pero el misterio que ellos aparentan en todas sus prácticas, es una prueba más que suficiente de la verdad de todos estos rumores, o por lo menos de la mayor parte. Porque, cualquiera que sea el objeto de su culto, ¿qué motivo tienen para ocultarlo tan misteriosamente? Todo lo que en sí es bueno, apetece la luz del día; solamente el crimen va siempre en busca de las tinieblas.

«¿Y por qué, pregunto, no tienen templos, altares, ni imágenes conocidas? ¿Por qué no hablan abiertamente y se juntan con libertad? Sin duda porque lo que adoran será digno de castigo o vergonzoso. Pero en fin, ¿quién es ese dios? ¿En dónde está? ¿De dónde proviene ese dios único, solitario, abandonado, que ninguna nación libre, ni aun la superstición romana ha conocido? Solamente los judíos, pueblo miserable, hacen profesión de adorar a un solo dios; pero al menos lo adoran abiertamente y tienen templos, altares, víctimas y ceremonias, aunque, todo se ha de decir, ese dios puede tan poco, que ha sido hecho prisionero por los romanos, juntamente con su pueblo.

«Por lo que respeta a los cristianos, son particulares las quimeras que nos refieren. Nos cuentan que su dios, a quien ni ellos pueden ver, ni menos manifestarlo a los demás, se informa escrupulosamente de las costumbres, de las acciones, de las palabras, y hasta de los más escondidos pensamientos de todos los hombres, y que anda y está presente en todas partes. Lo pintan también molesto, inquieto y curioso hasta el extremo de impudente, puesto que es testigo de cuanto se hace en todos los lugares. Pero si está ocupado en el gobierno del universo entero, ¿cómo puede abarcar todas las particularidades? Y si está dividido entre todas las particularidades, cómo puede velar sobre el todo del universo?

XI. El fin del mundo y la resurrección en el cristianismo

«Y esto no termina aquí, sino que ese dios amenaza a la tierra y a los cielos con un incendio universal, como si pudiera ser destruido el orden eterno establecido por las divinas leyes de la naturaleza, turbada la armonía de los elementos, o disuelta la máquina del universo.

«A esta necia opinión añaden también otros cuentos de viejas, porque aseguran que resucitarán después de la muerte y después de que hayan sido reducidos a cenizas, y lo aseguran con tanta

confianza, que al parecer ya están resucitados. Su necesidad es doble, pues por una parte aseguran la destrucción del cielo y de los astros, siendo que al partir los dejamos en el mismo estado en que los habíamos encontrado, y por otra, se prometen a sí mismos la inmortalidad, aun cuando ven que todos nacemos para morir. La adhesión que ellos tienen a su dogma de la resurrección, es sin duda la causa de que condenen nuestra costumbre de quemar los cuerpos, como si el tiempo necesitara de fuego para reducirlos al polvo, y como si no fuera del todo indiferente para los cuerpos que los coman las bestias, los arrojen al mar, los sepulten, los consuman el fuego. Antes bien, la sepultura sería un suplicio para ellos si fueran capaces de sentimiento. El fuego no produce otro efecto que el de destruirlos con mayor prontitud. Por una consecuencia del mismo error, esos hombres modestos se reservan para sí solos, como si solo ellos fueran justos, una vida feliz y eterna después de la muerte, y condenan a los demás, como si fueran criminales, a suplicios eternos.

«Añaden los cristianos otras cosas que no puedo ventilar por falta de tiempo. Ya he dicho, y no hay necesidad de probarlo, que son los hombres más perversos, y aun cuando concediere que son justos, la opinión común es, que así el crimen como la inocencia, debe imputarse al destino. Ni vosotros os apartáis tampoco de este dictamen, puesto que atribuíis a dios todo lo que nosotros hacemos, así como los demás lo atribuyen al destino. Decís también, que no todos los que lo desean abrazan vuestra secta, sino solo aquellos que dios ha elegido; y de este modo pintáis a dios como un juez inicuo que castiga en los hombres el destino y no la voluntad.

«Pero respondedme, os ruego: ¿Se ha de resucitar con el cuerpo o sin él, con el mismo o con otro? ¿Sin cuerpo? No, porque sin cuerpo no hay ya espíritu, alma, ni vida. ¿Con el mismo cuerpo? Tampoco, porque hace mucho tiempo que se destruyó. ¿Con otro? Menos, porque esto implicaría el nacimiento de otro hombre y no el renacimiento del mismo. Además de esto, al cabo ya de tantos siglos, ¿ha vuelto un solo hombre del otro mundo, por lo menos al modo que Protesilao,²⁵ con alguna licencia de pocas horas, para hacernos creer unas cosas tan increíbles? Ninguno. Todos esos son delirios de un cerebro desbaratado, o vanas ficciones de los poetas, con las cuales vosotros, locamente crédulos, habéis querido honrar a vuestro Dios.

25 Héroe del que se habla en la Iliada. Era rey de Tesalia y murió en la batalla de Troya a manos de Héctor. Estando ya en el Hades, se le permitió regresar a la tierra durante unas horas para estar con su esposa Laodamia. Esta, para no perderle, se suicidó y ambos pudieron así reunirse definitivamente en el Hades.

XII. Miseria y desgracia de los cristianos

«La experiencia del presente debía convencerlos de las engañosas promesas que os hacen, y de la quimera de vuestros deseos. ¿No veis cuánto sufrís en vida? Pues juzgad, a partir de aquí, lo que podéis esperar después de la muerte. La mayor parte de vosotros, y esto vosotros mismos lo confesáis, los más justos se ven en la mayor miseria y son víctimas del hambre, de la sed y del trabajo. Vuestro dios lo permite, y al parecer no se cuida de ello. Luego, o no quiere o no puede socorreros, por consiguiente, o es injusto o carece de poder. Pero vosotros, con vuestros delirios de inmortalidad después de la muerte, aun cuando os veis amenazados por el peligro, abrasados por la fiebre, o despedazados por el dolor, no sentís vuestro destino, vuestra flaqueza, ni vuestro infortunio, y os obstináis en no confesarlo. Yo no hablo de los males que tenéis en común con los demás hombres, sino de esas torturas, de esos suplicios, de esas cruces que no adoráis sino que padecéis, de esos fuegos que predecís y teméis; males de los cuales no puede preservaros vuestro dios en esta vida. ¿Y creéis que será todo poderoso para haceros felices después de la muerte?

«Los romanos, sin la ayuda de vuestro dios, gobiernan toda la tierra y son señores vuestros, y vosotros, inquietos, sobresaltados, os priváis de los placeres más honestos: no asistís a los espectáculos, ni a los festines públicos, detestáis los combates sagrados, las viandas que se ofrecen sobre nuestros altares, y el vino con que se han hecho las libaciones. Esto es prueba de que teméis a aquellos mismos dioses que negáis. Vosotros no os coronáis con flores, no os perfumáis, y reserváis los perfumes para vuestros funerales; tenéis escrúpulo de arrojar flores sobre los sepulcros; estáis pálidos, trémulos, y sois finalmente dignos de la compasión de nuestros dioses. No resucitaréis, y tomad en cuenta de que ni siquiera vivís ahora.

«Si todavía conserváis el juicio y el pudor, dejad de observar los cielos, y no pretendáis adivinar los secretos y destinos del mundo. Si a los hombres ignorantes, groseros y rústicos, les basta con entender lo que tienen a sus pies, cuanto más a aquellos hombres, a quienes no les es dado entender los negocios de la vida civil. ¿Cómo es posible, entonces, que discurran con tino acerca de las cosas divinas?

XIII. Ventajas del escepticismo

«Si tenéis, pues, tanto deseo de filosofar, empezad por imitar Sócrates, modelo de sabiduría, el cual, siempre que se le preguntaba acerca de las cosas celestes y lo que está sobre nosotros,

respondía, no nos interesa. Por tanto, el oráculo lo declaró como el más sabio de todos los hombres, y no porque hubiera llegado a saberlo todo, sino porque había aprendido que no sabía nada. La suma sabiduría del hombre es la convicción de su propia ignorancia.

«De esta fuente brotó segura la duda de Arcesilao, y mucho después de Carnéades²⁶ y de la mayor parte de los académicos, en lo referente a las cuestiones de mayor importancia, por medio de la cual pueden los ignorantes filosofar prudentemente y los sabios gloriosamente. Pues, ¿qué? ¿Acaso no es digna de ser admirada por todos e imitada la irresolución de Simónides, a quien el Rey Hiérón confrontó varias veces para que le dijera lo que pensaba acerca de los dioses? Pidió Simónides primero un día para reflexionarlo, pidió luego dos, y luego cuatro, y por fin le respondió al tirano, después de tantas dilaciones, que cuanto más pensaba en aquella pregunta, tanto más dificultosa hallaba su resolución.

«Yo, por mi parte, opino que es preciso dejar las cosas en el estado de duda en que están, y no decidir temerariamente, cuando tantos hombres grandes se mantienen dudosos, porque de lo contrario, nos exponemos a introducir una superstición ridícula, o a destruir toda religión».

INTERMEDIO

Intervención de Minucio Félix

XIV. La elocuencia versus la verdad

Así habló Cecilio, y con cierta de sonrisa, porque su desenfrenada cólera se había calmado mucho durante su discurso, dijo: «¿Qué tiene que responder Octavio, de la raza de Plauto y el primer panadero,²⁷ sin contradicción, ya que no fue el primero entre los filósofos?»

«Deja —le dije yo entonces—, de regocijarte a costa de Octavio, porque todavía no es hora de cantar el triunfo, hasta que se haya oído a las dos partes.

26 Arcesilao y Carnéades fueron dos representantes de la Academia, escuela filosófica que había fundado Platón y que, a partir de Arcesilao, derivó hacia el escepticismo.

27 Cecilio pretende echar en cara a los cristianos la bajeza de su condición y la miseria de la mayor parte de ellos, aludiendo a los cuentos que se habían publicado acerca de Plauto, comediante romano, que en su juventud fue un esclavo que trabajó moliendo harina —de ahí la alusión a su condición de panadero—, y quien escribió comedias llenas de expresiones vulgares y procaces.

«Además, no tratamos de alcanzar una gloria de poca importancia, sino de averiguar la verdad, y de alcanzarla como fruto de este encuentro. Tu ingenioso discurso me ha dado mucho gusto, pero yo debo, sin embargo, elevarme a las más altas consideraciones, no precisamente sobre nuestra disputa, sino en general sobre todas las disputas.

«Sucedee, muchas veces, que la sutileza y elocuencia del discurso cubren con un velo espeso las verdades más luminosas. Los que lo escuchan se dejan llevar por el encanto de las palabras, pierden de vista el fondo de las cosas, y confunden lo falso con lo verdadero; tanto más fácilmente, cuando no saben que algunas veces se encuentra falsedad en lo verosímil, y verdad en lo increíble. Muchas veces, también, engañados por su culpa o por su credulidad, desesperan de poder hallar la verdad, y se precipitan en un escepticismo universal. Se debe tener mucho cuidado, para no pasar tan ciegamente de una imprudente credulidad al extremo opuesto, y no porque hayamos dado nuestra confianza a hombres que la han engañado, hemos de pasar al extremo de desconfiar de otros hombres más virtuosos y verdaderos.

«Yo ciertamente me hallo aquí bastante perplejo entre dos antagonistas, ambos diestros en el arte de defender su causa, porque frecuentemente está la verdad por una parte, aunque algo obscura, y por la otra, se da una admirable sutileza que, a veces, debido a la riqueza expresiva, simula la certeza de una demostración incontestada. Así que, debo pesarlo todo con mucha madurez, de suerte que dé al talento los elogios que merezca, y no admita ni apruebe sino la verdad».

XV. Discusión e invitación a Octavio

Y a esto replicó Cecilio: «Es en cierto modo desprenderse del carácter de juez imparcial, porque todas esas consideraciones van encaminadas a debilitar la fuerza de mi discurso, y en nada se oponen a la respuesta que va a dar Octavio, si es que está en disposición de contradecirme».

«Tus quejas —le respondí—, no están fundadas. Lo que yo he dicho incluye a ambos, y toda mi pretensión se reduce a que no debo pronunciar mi juicio, hasta después de haber eliminado escrupulosamente la fuerza de las pruebas, sin tomar en cuenta la elocuencia. Pero no perdamos más tiempo; escuchemos con la mayor atención la respuesta de Octavio, que al parecer está impaciente por hablar».

SEGUNDA PARTE

Intervención de Octavio.

XVI. Universalidad de la verdad y lo contradictorio de Cecilio

Tomó Octavio la palabra: «Y yo responderé —dijo—, como mejor pudiere. Pero tú, Minucio, debes unirte conmigo para borrar con la fuerza de la verdad las sombras con que se ha querido afear nuestro nombre. No quiero disimular, ante todo, que el discurso de nuestro amigo me ha parecido tan vago y ambiguo, que podría dudarse si su elocuencia era defectuosa, o si era consecuencia natural del error. Porque habiendo manifestado al principio, que creía en la existencia de los dioses, la ha puesto después en duda, de suerte que la movilidad de sus aseveraciones no me permite oponerle respuestas ciertas. Estoy muy distante de tachar a Cecilio de artificioso, porque su candor lo pone a cubierto de una sospecha semejante. Pero así como el que no sabe cuál es el camino recto, se halla perplejo si encuentra muchos, y no puede decidirse a seguir uno, ni puede tampoco seguirlos todos, del mismo modo, el que no conoce con seguridad la verdad, cuanto más opiniones diferentes se presentan a su imaginación, tanto más perplejo e indeciso se halla. No es, pues, de admirar, que Cecilio se exprese de manera tan ambigua e incierta, y se contradiga a sí mismo. Yo espero, solamente con el auxilio de la verdad que le voy a poner delante de los ojos, destruir todo cuanto ha afirmado, y lo fijaré para siempre en una opinión, dando de este modo fin a sus agitaciones, a sus dudas y a sus errores.

«Y puesto que mi hermano ha dado a entender, que no podía ver sin cólera y sin indignación, que unos hombres pobres, sin letras y sin ciencia, se expresen acerca de las cosas del cielo, voy primero a demostrarle, que todos los hombres, sin distinción de edad, sexo, o condición, han nacido racionales, y son por consiguiente capaces de encontrar la sabiduría; que los mismos filósofos y los inventores de las artes, que han hecho eternos sus nombres, fueron tenidos al principio por hombres vulgares, pobres e ignorantes; que los ricos, idólatras de sus tesoros, no piensan jamás en el cielo; y que solamente los cristianos pobres han hallado la sabiduría y la han enseñado a los demás; de donde resulta, que la razón no proviene del estudio, ni de las riquezas, sino del Autor de nuestra alma. De tal manera, que no será por consiguiente motivo de indignación, el que nosotros investiguemos y enseñemos la ciencia del cielo, ni que se ha de atender tampoco a la calidad de las personas antes que a la verdad de las razones; y que cuanto más sencillo es el lenguaje y

más desnudado esté de adornos, tanto más claro es y más propio para persuadir, y que solo tiene a la verdad por objeto.

XVII. Dios se manifiesta en el orden y variedad del universo

«Yo le concedo sin dificultad a Cecilio, que el hombre debe conocerse, investigar lo que es, de dónde proviene, por qué ha nacido, si ha sido formado por el concurso fortuito de los átomos o de los elementos, o si debe su ser a Dios. Pero es el caso, que no puede uno conocerse a sí mismo sin conocer al universo con el que está unido, y sin conocer a Dios que es el autor de todo. Para portarse uno bien en la sociedad civil, es preciso que se forme primero la idea de esta gran sociedad de todos los seres. Y la principal diferencia que hay entre el hombre y la bestia, consiste en que esta, inclinada hacia tierra, no se ocupa sino en buscar su alimento, mientras que el hombre, que tiene el rostro levantado para contemplar el cielo, está dotado de razón para conocer a Dios y para imitarle, de suerte que sería un crimen, que cerrase los ojos a una luz tan resplandeciente, o que buscase sobre la tierra lo que no podemos hallar sino en el cielo.

«¡Extraña ceguera, atribuir a la casualidad más bien que a Dios, la formación admirable del universo! ¿Hay cosa más manifiesta e incontestable, si se considera el cielo, la tierra y toda la naturaleza, hay, repito, cosa más manifiesta ni más incontestable, que la existencia de un Dios, de una Inteligencia Infinita, que dio ser al universo, que lo anima, lo mueve, lo conserva y lo rige? Véase, si no, la inmensidad de los cielos, la rapidez de su revolución, cómo están sembrados de luminarias durante la noche, y cómo uno solo esparce la luz por todas partes durante el día.

«¿Y desconocerás todavía a su Divino Autor? El sol, cuyo curso es la medida del año; la luna, cuyas fases distinguen las diferentes partes del mes; los astros, que dirigen la navegación, el tiempo de la labor y de la cosecha; esa sucesión jamás interrumpida de la luz y de las tinieblas, que le señala al hombre el tiempo del trabajo y del descanso. Todas estas maravillas, en una palabra, que no pueden estudiarse, y solo comprenderse a duras penas, ¿pueden, pregunto, dejar de ser obra de la razón y de la inteligencia? ¿Qué diré yo de esa vicisitud perpetua e inalterable de las estaciones, tan necesarias para todas las producciones de la tierra: de la primavera con sus flores, del estío con sus mieses, del otoño con sus frutos, del invierno con sus olivas? ¿No anuncia todo esto una Providencia tan sabia como benéfica? Y no digo nada de la particular atención que ha puesto en la división y orden de las estaciones, pues ha hecho que la primavera sucediese al invierno y el otoño

al estío, para que de este modo, en vez de pasar repentinamente de los hielos del uno a los ardores del otro y al contrario, fuésemos conducidos por grados casi insensibles.

«Pon los ojos en el mar y verás, que la ley que lo contiene dentro de sí mismo, está escrita sobre el litoral que lo limita; mira los árboles, que hallan su alimento en las entrañas de la tierra; considera el flujo y reflujo del océano; las fuentes y los riachuelos distribuidos como otras tantas venas sobre la tierra para regarla; los ríos que corren sin interrupción; la tierra repartida con tanta sabiduría en valles, colinas y montañas; los animales que la cubren, provistos todos de armas prodigiosamente variadas para defenderse, unos dorados de una ligereza extraordinaria para la carrera, otros, que atraviesan el aire por el beneficio de sus alas.

«Y aun cuando no apreciáramos nada de esto, miremos entonces la forma sola del cuerpo humano, que más que ninguna otra cosa, anuncia a Dios por su autor. Esta estatura recta, este rostro vuelto hacia el cielo, todos los sentidos colocados en la cabeza como en una fortaleza, y los ojos en la parte más elevada, como centinelas.

XVIII. Providencia, unicidad, inmensidad de Dios

«Sería muy largo que yo me detuviese a decirlo todo en particular. Baste saber, que no hay parte alguna en todo el cuerpo humano, que no sirva al mismo tiempo para el adorno y para la necesidad. Y lo que es más admirable todavía, la misma forma es común para todos los hombres, y sin embargo, se halla modificada en cada uno, de suerte que todos se asemejan y todos son diferentes. ¿Y qué diré de nuestro nacimiento, del deseo de reproducirnos, y de la leche que Dios prepara en el seno materno para que sirva de alimento al niño?

«Ni la Providencia se limita a cuidados generales sobre la tierra, sino que también se extiende sobre cada comarca en particular. Porque si Gran Bretaña carece en gran parte de las influencias del sol, se le recompensa con los vapores tibios que despide el mar. El Nilo sirve de lluvia al árido Egipto. El Éufrates fertiliza los campos de Mesopotamia. El Indo riega y fecunda a los de Levante. Así como, cuando entras en una casa donde todo está limpio, arreglado y dispuesto con algún gusto, no dudas que habrá un Señor más digno de aprecio todavía que lo que ven tus ojos. Entonces, ¿por qué, cuando te pones a mirar el cielo y la tierra, no has de creer también, que este inmenso palacio, en el que por todas partes resplandece el orden, la sabiduría y la magnificencia, es obra de un Señor muy superior a todo lo que ha hecho?

«Dado que no puedes poner en duda la Providencia, entonces dudarás si se han de admitir muchos moderadores del universo o uno solo. Es cosa muy fácil saber a qué atenerse en esta parte, si se ha de juzgar el imperio del cielo por los reinos de la tierra. ¿Comenzó la división de la soberanía de buena fe, o cesó sin efusión de sangre? Nada digo de los Persas, a quienes el relincho de un caballo les dio un rey, ni de la fábula de los dos hermanos soberanos de Tebas,²⁸ que se degollaron mutuamente.

«El reinado de los dos mellizos²⁹ sobre pastores y cabañas, hizo sus nombres inmortales; las guerras del suegro y del yerno³⁰ destruyeron el universo, y la fortuna de este imperio inmenso no bastó para ambos. Las abejas tienen un solo rey, los ganados un pastor, ¿y con todo eso creerás que el supremo poder está dividido en el cielo, el poder de Dios, que no tiene principio ni fin y es principio de todos los seres, que aun antes de haber producido nada, lo hallaba todo en sí, que con una sola palabra creó todo lo que existe, que todo lo arregla por medio de su sabiduría, de todo dispone por medio de su voluntad absoluta, y que no puede ser visto ni comprendido?

«¡Oh! Es muy grande Dios, es muy incorpóreo para que lo puedan percibir nuestros sentidos. Como es infinito e inmenso, no puede ser conocido tal cual es, sino por Él mismo. Nuestra inteligencia es muy estrecha para abrazarlo, y nunca lo comprendemos mejor, que cuando confesamos que es incomprehensible. El que se imagina que lo conoce, lo degrada, y el que se persuade que no lo degrada, no lo conoce absolutamente.

«No hay necesidad de que le busquemos un nombre, porque su nombre es Dios. Los nombres son necesarios para distinguir a cada uno en una muchedumbre, pero el nombre de Dios basta para Aquel que es solo Dios. Si lo llamo Padre, Rey o Señor, parece que le atribuyo alguna porción terrena y mortal. Qitemos, pues, todo lo que hayamos añadido a la idea sencilla de Dios y quedará tal cual es. Tenemos a nuestro favor el consentimiento de todos los pueblos, los que, cuando levantan sus manos al cielo, no invocan sino a Dios. El Dios grande, el Dios verdadero, si Dios quiere: este es el lenguaje del pueblo, esta es la confesión del cristiano, y esta es la voz de la naturaleza.

28 Eteocles y Polinices, hijos de Edipo, que se mataron en su afán de reinar ambos en Tebas.

29 Rómulo y Remo.

30 César y Pompeyo.

«Aun los que pretenden que Júpiter es el Ser Supremo, se engañan en cuanto al nombre, pero convienen con nosotros en cuanto a la unidad de poder o de divinidad.

XIX. Poetas y filósofos afirman la existencia de Dios

«También oigo a los poetas proclamar que uno solo es el padre de los dioses y de los hombres,³¹ y que el espíritu de los mortales es tal como el Padre de todas las cosas lo ha dado a luz. ¿Y no es cierto que Marón,³² el de Mantua, dice de modo más claro, cercano y verdadero, que «desde el principio un espíritu sustenta desde dentro, y una inteligencia infusa mueve el cielo y la tierra» y todos los demás elementos del mundo, «de donde provienen los hombres y los animales domésticos» y toda clase de animales? Asimismo, en otro lugar llama Dios a esta inteligencia y a este espíritu. Estas son sus palabras: «Pues Dios se despliega por todas las tierras, por lo extenso del mar y lo alto de los cielos, de donde surgen los hombres y los animales domésticos, la lluvia y el fuego».³³ ¿Qué otra cosa decimos nosotros de Dios, sino que es inteligencia, razón y espíritu?

«Examinemos, si te parece, la enseñanza de los filósofos. Verás que, aunque con diferentes palabras, coinciden y están de acuerdo solo en este punto. Paso por alto a los más antiguos y rudos, que por sus dichos merecieron ser considerados sabios. Citemos ante todo a Tales de Mileto,³⁴ que fue el primero en tratar de las cosas celestes. El mismo Tales de Mileto dijo que el agua era el principio de las cosas y que Dios era esa inteligencia que lo había formado todo a partir del agua. Confieso que esta explicación del agua y del espíritu, es demasiado profunda y sublime para que el hombre haya podido dar con ella, pues ha sido transmitida por Dios.³⁵ Ves que la opinión del primer filósofo coincide totalmente con la nuestra. Después, Anaxímenes³⁶ y tras él Diógenes de Apolonia³⁷ consideran el aire como un Dios infinito e inmenso. También ellos están de acuerdo con nosotros acerca de la divinidad. Para Anaxágoras,³⁸ por su parte, Dios es la capacidad de

31 Cf. Homero, *Ilíada*, I,544; Cicerón, *De nat. deor.*, II,2,4.

32 Poeta latino Publio Virgilio Marón (70 - 19 A.V.), originario de Mantua.

33 Los textos de Virgilio a los que se refiere Minucio Félix —que, sin duda, cita de memoria son *Aen.*, VI,725 - 729 y una combinación de *Georg.*, IV,221 y *Aen.*, I,742 - 743.

34 Tales de Mileto (siglo VI A.C.) es tenido desde la antigüedad por el primer filósofo.

35 Cf. Gn 2,1.

36 Anaxímenes de Mileto (siglo VI A.C.).

37 Diógenes de Apolonia (siglo V A.C.).

38 Anaxágoras de Clazomene (siglo V A.C.).

organizar y mover de una inteligencia infinita, y para Pitágoras³⁹ Dios es un espíritu deambulante extendido por toda la naturaleza, del que procede también la vida de todos los animales. Es sabido que Jenófanes⁴⁰ enseña que Dios es el todo infinito y provisto de inteligencia, y Antístenes⁴¹ afirma que hay muchos dioses, según cada pueblo, pero en verdad solo hay uno principal; Espeusipo⁴² admite que Dios es una fuerza animada que todo lo gobierna. ¿Qué más diré? Demócrito,⁴³ aunque es el primer inventor de los átomos, ¿no llama a menudo Dios a la naturaleza, que forma a las imágenes y a la inteligencia? Lo mismo hace Estratón,⁴⁴ llamando también Dios a la naturaleza. Incluso Epicuro,⁴⁵ que imagina a los dioses ociosos o inexistentes, sitúa sin embargo a la naturaleza por encima de ellos.

«Aristóteles⁴⁶ es más variable y, sin embargo, le asigna un único poder, pues unas veces llama Dios a la inteligencia, otras al mundo y otras sitúa a Dios al frente del mundo. También Teofrasto⁴⁷ se muestra fluctuante, atribuyendo la primacía unas veces al mundo y otras a la inteligencia divina; igualmente, Heráclides Póntico⁴⁸ asigna al mundo una inteligencia divina, aunque de modo diverso. Zenón, Crisipo y Cleantes defienden doctrinas diferentes, pero todos van a parar a la unidad de la providencia. Así, Cleantes⁴⁹ habla de Dios como inteligencia, unas veces como espíritu, otras como éter, generalmente como razón. Su maestro Zenón⁵⁰ unas veces pretende que el principio de todo es la ley natural y divina, otras el éter y algunas la razón; él mismo, interpretando que Juno es el aire, Júpiter el cielo, Neptuno el mar, Vulcano el fuego y, de modo semejante, mostrando que los demás dioses del vulgo son elementos, impugna y refuta con rigor el error popular. Crisipo⁵¹ sostiene casi lo mismo, pues cree que Dios es una fuerza divina racional, o la naturaleza y el mundo, a veces también la necesidad del destino, imitando a Zenón en la interpretación de corte

39 Pitágoras de Samos (siglo VI A.C.) fue uno de los más famosos filósofos anteriores al periodo clásico y uno de los que mayor influencia ejerció, aunque de él no se conserva ningún escrito.

40 Jenófanes de Colofón (siglo VI A.C.).

41 Antístenes de Atenas (ca. 445-365 A.C.), fue discípulo de Sócrates y fundador de la escuela cínica.

42 Espeusipo de Atenas (ca. 410-339 A.C.), sobrino de Platón, le sucedió a su muerte al frente de la Academia.

43 Demócrito de Abdera (siglos V-IV A.C.).

44 Estratón de Lampsacus (siglo III A.C.), sucedió a Teofrasto al frente de la escuela peripatética o Liceo.

45 Epicuro de Samos (341-270 A.C.), fundador de la escuela que lleva su nombre.

46 Aristóteles de Estagira (384-322 A.C.), discípulo de Platón y, junto con él, uno de los grandes filósofos de la antigüedad, fue fundador del Liceo o Peripato.

47 Teofrasto de Lesbos (ca. 372-287 A.C.), fue el sucesor de Aristóteles al frente del Liceo.

48 Heráclides Póntico (ca. 380-310 A.C.), fue discípulo de Platón, a quien trató, sin éxito, de suceder en la dirección de la Academia.

49 Cleantes de Asos (ca. 330-230 A.C.), filósofo estoico, fue discípulo de Zenón de Citio y sucesor suyo al frente de la escuela estoica.

50 Zenón de Citio, en la isla de Chipre, (ca. 334-262 A.C.), fundó hacia el año 300 A.C. la Stoa (en griego, pórtico), donde se reunía con sus discípulos a las afueras de Atenas.

51 Crisipo de Solí (ca. 280-208 A.C.), fue el tercer director de la Stoa, después de Zenón y Cleantes.

naturalista que hace de los poemas de Hesíodo, Homero y Orfeo.⁵² También este es el modo en que Diógenes el Babilonio⁵³ explica y expone el parto de Júpiter, el nacimiento de Minerva y otras cosas por el estilo, como expresión de realidades naturales, no de dioses. En efecto, el socrático Jenofonte⁵⁴ niega que se pueda ver la figura del Dios verdadero y por eso no conviene preguntarse por ello, y el estoico Aristón⁵⁵ afirma que en absoluto puede ser comprendida: uno y otro percibieron la majestad de Dios, desesperándose por poder entenderlo. El lenguaje de Platón⁵⁶ acerca de Dios es más claro, tanto en el contenido como en los nombres que emplea, y se podría decir que todo Él es celestial, si no lo hubiera ensuciado con la mezcla de algunas ideas de carácter político. Así, sostiene Platón en el Timeo, que Dios, en virtud de su mismo nombre, es el padre del mundo, el artífice del alma, el autor de cielos y tierra, aquel del que previamente nos dice que es difícil de encontrar debido a su colosal e increíble poder, y que, una vez encontrado, es imposible darlo a entender a todos. Ideas que son casi las mismas que las nuestras, pues también nosotros hemos conocido a Dios y le llamamos Padre de todo, y nunca hablamos de él en público si no somos interrogados.

XX. Creencias absurdas de los romanos acerca de los dioses

«He mostrado cómo, según las opiniones de casi todos los filósofos que gozan de mayor fama, Dios es uno, aunque haya sido designado con muchos nombres, de manera que cualquiera puede pensar que, o ahora los cristianos son filósofos o los filósofos fueron ya antes cristianos.⁵⁷

«Si el mundo es dirigido y gobernado por la providencia y la voluntad de un único Dios, la antigüedad llena de ignorancia que se complace en sus fábulas, o más bien es prisionera de ellas, no nos debe arrastrar al error de prestar nuestro asentimiento, siendo así que es refutada por las

52 Homero y Hesíodo vivieron en el siglo VIII A.C. y son los dos grandes poetas que forjaron mediante sus obras —la *Ilíada* y la *Odissea* el primero y la *Teogonía* y *Los trabajos y los días* el segundo— la tradición literaria y mitológica griega. Orfeo es, en cambio, un personaje legendario, que se asocia a un movimiento religioso de carácter místico.

53 Diógenes el Babilonio (ca. 228-140 A.C.) era natural de Seleucia, en Babilonia, y sucedió a Crisipo al frente de la Stoa.

54 Jenofonte (ca. 430-355 A.C.), fue un general ateniense, seguidor de Sócrates, acerca del cual escribió sus recuerdos o *Memorables*.

55 Aristón de Quíos (siglo III A.C.), filósofo estoico, fue discípulo de Zenón de Citio.

56 Platón (427-347 A.C.), el gran filósofo ateniense discípulo de Sócrates.

57 Variación de una conocida frase de Platón: cf. *República*, V, 473 c-d. La afirmación de Minucio Félix muestra, por un lado, la importancia que concede a la filosofía y, por otro, que el concepto que de ella tiene se halla muy próximo a la religión cristiana. Ya entre los primeros autores cristianos se explica la proximidad de algunas afirmaciones de los filósofos paganos, especialmente de Platón, a la doctrina cristiana, bien mediante la tesis de las «razones seminales» difundidas por todo el orbe (cf. Justino, *Apol. II*, 13,5-6), o mediante la curiosa explicación de que la filosofía pagana robó o plagió la verdad que Dios comunicó al pueblo judío y se halla expuesta en el Antiguo Testamento.

opiniones de sus propios filósofos, a los que asiste la autoridad de la razón y de la antigüedad. En efecto, nuestros antepasados daban fe con tanta facilidad a las mentiras, que creían también a ciegas otras cosas monstruosas y prodigios sorprendentes, como, por ejemplo, que Escila tenía muchos cuerpos, que la Quimera poseía formas diversas, la Hidra renacía de sus fecundas heridas, que los Centauros eran caballos sólidamente unidos a sus jinetes, y todo lo que la imaginación era capaz de fingir ellos lo escuchaban de buena gana.⁵⁸ ¿Y qué decir de aquellos cuentos de viejas acerca de hombres que aparecían en forma de aves o fieras, o bien de árboles y flores? Si eso hubiera podido hacerse, se hubiera hecho entonces, pero, puesto que es imposible, tampoco se hizo antes. De modo semejante creyeron también en los dioses nuestros predecesores, ingenuos, crédulos y de una simplicidad ignorante. Cuando devotamente daban culto a sus reyes y, una vez muertos, deseaban verlos en efigies, cuando ardientemente anhelaban retener su memoria gracias a las estatuas, lo que al principio había sido un simple consuelo, acabó convirtiéndose en algo sagrado. Finalmente, antes de que el mundo se abriera al comercio y los pueblos intercambiaran sus ritos y costumbres, cada nación veneraba como ciudadano de ilustre memoria a su fundador, a un jefe ilustre, a una reina casta más fuerte de lo que corresponde a su sexo, o al inventor de algún oficio o arte. Así, al mismo tiempo se honraba a los difuntos y se daba ejemplo a las generaciones futuras.

XXI. Los dioses romanos fueron simples hombres

«Lee los escritos de los historiadores y de los sabios y comprobarás lo mismo que yo. Evémero⁵⁹ enumera a los que han sido tenidos por dioses, ya sea a causa de su fuerza o de su función, relata sus nacimientos, sus lugares de origen y sus sepulcros, y los va distribuyendo por las diferentes provincias; y eso lo hace con Júpiter de Dicte,⁶⁰ Apolo de Delfos,⁶¹ Isis de Faros⁶² y Ceres de Eleusis. Pródico⁶³ señala que han sido incluidos entre los dioses aquellos que, errando por el

58 La Escila era un monstruo marino con seis cabezas; la Quimera era un monstruo de tres cabezas que vomitaba fuego y que tenía un cuerpo en parte de león, en parte de dragón y en parte de cabra; la Hidra era un monstruo de muchas cabezas, que renacían después de ser cortadas; los Centauros, por último, eran híbridos de hombre y caballo.

59 Evémero de Mesina (siglos IV-III A.C.), en Sicilia, escribió una *Historia sagrada*, de carácter literario, traducida por Ennio al latín, en la que sostiene que los dioses son hombres divinizados.

60 Dicte es un monte de Creta donde, según algunos relatos, se sitúa el nacimiento de Júpiter.

61 Delfos es el monte donde se encontraba el principal santuario dedicado al culto de Apolo, dios protector de la naturaleza entera y de la vida humana.

62 Faros es el nombre de una isla situada frente a Alejandría, coronada por un famoso faro para la navegación. En ella se daba culto a la diosa egipcia Isis.

63 Pródico de Ceos (ca. 460-399 A.C.), sofista contemporáneo de Sócrates.

mundo, fueron útiles a los hombres al encontrar nuevos frutos. En el mismo sentido, también Perseo⁶⁴ filosofa y reúne bajo un mismo nombre a los frutos descubiertos y a sus descubridores, como en el dicho cómico según el cual «sin LÍBER y sin Ceres Venus pasa frío». El famoso macedonio Alejandro Magno escribió en una célebre carta a su madre⁶⁵ que, por temor a su poder, un sacerdote le reveló un secreto acerca de los hombres dioses, en el que Vulcano⁶⁶ es puesto al frente de todos, seguido del linaje de Júpiter,⁶⁷ luego de las espigas de Isis⁶⁸ pasa a la golondrina, al sistro⁶⁹ y a la tumba vacía, al estar dispersos los miembros de tu querido Serapis⁷⁰ u Osiris.

22. Cultos y ceremonias ridículas de la mitología pagana

«Considera, por último, los ritos y misterios mismos. En ellos encontrarás trágicos desenlaces, muertes, funerales, duelos y llantos de unos dioses dignos de lástima. Isis, con su Cinocéfal⁷¹ y los sacerdotes calvos, se lamenta, gime y pregunta por su hijo perdido,⁷² mientras los pobres seguidores de Isis se golpean el pecho e imitan el dolor de una madre tan desdichada. Luego, al encontrar al niño, se alegra Isis, los sacerdotes exultan de gozo, Cinocéfal⁷¹, que lo encontró, se cubre de gloria, y todos los años no dejan de perder lo que encuentran o de encontrar lo que pierden. ¿No es ciertamente ridículo lamentar lo que se venera y venerar lo que se lamenta? Y sin embargo, lo que en otro tiempo fue un culto egipcio es ahora también romano.

«Ceres, rodeada de antorchas encendidas y de una serpiente, angustiada y ansiosa en su extravío, busca a Libera, que ha sido secuestrada y violada. Tales son los misterios eleusinos.⁷³ ¿Y cuáles son los misterios de Júpiter? Su nodriza es una cabra y a su ávido padre se le sustrae el recién nacido para que no lo devore y, para evitar que oiga sus gemidos, se hacen sonar los

64 Perseo de Citio (ca. 307-243 A.C.), en Chipre, discípulo de Zenón de Citio.

65 La carta a la que alude Minucio Félix se trata en realidad de un escrito de León de Pella, un seguidor de las doctrinas de Evémero.

66 Dios del fuego. Según la tradición, Vulcano era hijo de Júpiter y de Juno y esposo de Venus.

67 El dios romano Júpiter corresponde al egipcio Amón. Cuando Alejandro Magno, después de conquistar Egipto el año 331 A.C., visitó el templo de Amón, el oráculo le comunicó que era descendiente de Amón y como tal fue tratado por los sacerdotes y venerado por el ejército.

68 La diosa Isis, descendiente directa de Júpiter, era esposa y a la vez hermana del dios Osiris. La referencia a las espigas se debe a que Isis fue la que descubrió las espigas de trigo y Osiris quien inventó el modo de cultivarlas. La alusión a la golondrina se debe a que esa fue la forma que adoptó Isis cuando se lamentaba por la muerte de Osiris.

69 Instrumento musical utilizado en Egipto, especialmente en el culto de Isis.

70 Según la leyenda, Osiris fue asesinado por su hermano, quien, tras descubrir el cadáver que Isis había ocultado, lo despedazó y dispersó. Isis, con el sistro en la mano, encontró los despojos y, reuniéndolos, devolvió a Osiris la vida.

71 Cinocéfal es el dios egipcio Anubis, un dios con cabeza de perro, de donde viene su nombre latino.

72 Minucio comete un error y afirma que Isis busca a su hijo (Horus) y no a su marido y hermano (Osiris), cuyo cuerpo, según la leyenda, había sido escondido.

73 Ceres y Libera son las diosas romanas que corresponden a las divinidades griegas Deméter y su hija Perséfone (en griego) o Proserpina. El rapto de Perséfone o Proserpina lo realizó Plutón, dios de los infiernos.

címbalos de los Coribantes.⁷⁴

«Avergüenza hablar de los misterios de Cibeles en el Dándimo,⁷⁵ cuando, ya fea y algo vieja, como madre que era de muchos dioses, y no habiendo podido seducir a su adúltero por el que, para su infelicidad, se sentía atraída, lo castró, para hacer así dios a un eunuco. Por causa de esta leyenda, los galos dan culto a Cibeles con el ofrecimiento de la virilidad de su propio cuerpo.⁷⁶ Más que ritos sagrados, tales cosas son tormentos.

«¿Acaso la misma figura y el aspecto de vuestros dioses no les deshonra y pone en ridículo? Vulcano es un dios cojo y enclenque; Apolo imberbe a pesar de sus muchos años, Esculapio bien barbado, aunque es el hijo del eterno adolescente Apolo; Neptuno⁷⁷ tiene los ojos verdes, Minerva azulados, Juno de buey; Mercurio es de pies alados, Pan⁷⁸ los tiene provistos de pezuñas, Saturno trabados. Jano,⁷⁹ por su parte, posee dos frentes, como si fuera a caminar también hacia atrás; Diana⁸⁰ unas veces es una cazadora que se ciñe un vestido corto, otras una diosa efesia dotada de muchos y fecundos pechos, o la horrible Trivia, con sus tres cabezas y sus innumerables manos. ¿Y qué decir de vuestro mismo Júpiter, al que se le sitúa tanto sin barba como con ella? Si recibe el nombre de Amón, tiene cuernos; si Capitolino, lleva rayos; si se le denomina Lacial, está rociado de sangre; y si, por último, se le llama Feretrio, no se le oye. En suma, y para no pasar revista a los innumerables Júpiter, hay que decir que tantas son sus representaciones monstruosas cuantos sus nombres.

«Erígona⁸¹ se ahorcó para ser así entre los astros el signo de Virgo; los Castores⁸² mueren alternativamente para vivir; Esculapio⁸³ es fulminado por el rayo para resurgir como un dios;

74 Los coribantes eran sacerdotes de Cibeles, esposa de Saturno y madre de Júpiter.

75 El Dándimo es un monte de Frigia donde había un famoso templo a la diosa Cibeles.

76 Los galos eran sacerdotes de Cibeles; el nombre procede, al parecer, del río Gallus, en Frigia.

77 Dios del mar.

78 Dios de los pastores.

79 Dios itálico, protector de las puertas, así como del principio (de ahí el nombre del primer mes: *ianuarius*) y fin del año; se le representaba con dos rostros opuestos.

80 Diana (la Artemisa griega) como diosa de la caza es la representación predominante en la mitología, pero convive con otras figuras, aquí mencionadas, como Diana de Éfeso, diosa de la fecundidad, o Trivia, diosa de las encrucijadas.

81 Erígona, hija de Icario, se ahorcó sobre la tumba de su padre y fue transformada en una constelación, de nombre Virgo.

82 Castor y Pólux, llamados también Dióscuros. Castor murió en combate, mientras que su hermano Pólux era inmortal. Ambos consiguieron que Zeus les permitiera vivir alternativamente seis meses en este mundo y seis en el más allá.

83 Se refiere a la leyenda según la cual Júpiter mató de un rayo a Esculapio porque hacía volver a la vida a muchos moradores del Hades, pero Apolo, padre de Esculapio, mató a los Cíclopes, que forjaban los rayos, y resucitó a Esculapio, que comenzó a recibir honores divinos.

Hércules⁸⁴ es consumido por el fuego en el monte Eta para despojarse de su condición humana.

XXIII. Carácter puramente legendario de las creencias romanas

«Estas leyendas y errores los aprendemos de padres ignorantes y, lo que es más grave, nosotros mismos nos dedicamos a ellas en los estudios y en la enseñanza, especialmente en las composiciones de los poetas, quienes con su autoridad han causado un grandísimo perjuicio a la verdad. Por eso Platón, con gran clarividencia, expulsó de la ciudad, cuyo modelo forjaba en su tratado, al célebre Homero, muy alabado y renombrado. En efecto, fue sobre todo Homero quien en la guerra de Troya mezcló vuestros dioses, aunque lo hiciera para burlarse de los asuntos y acciones de los hombres, él fue quien los agrupó por parejas,⁸⁵ quien hirió a Venus y quienató, ofendió e hizo huir a Marte. Él es quien relata que Júpiter fue liberado por Briareo para no ser apresado por los demás dioses, que lloró con lágrimas de sangre a su hijo Sarpedón, por no haber podido evitar su muerte y que, seducido por la cintura de Venus, se acostó con su esposa Juno con más ardor de lo que solía hacerlo con sus amantes.

«En otro lugar, Hércules recoge el estiércol y Apolo le apacienta a Admeto el rebaño.⁸⁶ Neptuno, por su parte, construye una muralla para Laomedonte, sin que el infeliz constructor recibiera el salario por su trabajo.⁸⁷ Más allá se forja en el yunque el rayo de Júpiter junto con las armas de Eneas, siendo así que el cielo, los rayos y los relámpagos existían mucho antes de que Júpiter naciera en Creta; además, ni el Cíclope hubiera podido imitar las llamaradas de un verdadero rayo, ni el mismo Júpiter podría no sentir un temor reverencial ante ellas. ¿Y qué decir del adulterio en que fueron sorprendidos Marte y Venus, y del estupro que Júpiter cometió con Ganimedes, consagrado en el cielo?⁸⁸ El relato de todas estas cosas no tiene otro objeto que el de proporcionar una cierta autoridad a los vicios humanos. Con semejantes fantasías y atractivas mentiras, se corrompe

84 Corresponde al Heracles griego; era el patrono de los gladiadores y protector de los emperadores y de su familia. Según la leyenda, por una cuestión de celos, Hércules se hizo quemar en la cumbre del monte Eta y a partir de ese momento fue reconocido como dios por Júpiter.

85 Se refiere a hacer luchar a los dioses como si fueran parejas de gladiadores.

86 Se trata del quinto trabajo de Hércules, quien hubo de limpiar los establos de Augias, donde desde hacía años se hallaban tres mil bueyes, sin que nadie los hubiera limpiado hasta entonces. En contra de lo que afirma Minucio Félix, la leyenda no es mencionada por Homero. La leyenda de Admeto, en cambio, sí es relatada por Homero.

87 Laomedonte, rey de Troya, se negó a pagar el salario convenido a Poseidón (el Neptuno romano), quien había construido las murallas de la ciudad.

88 Ganimedes, copero de Júpiter, se convirtió en su amante. Los casos legendarios, como éstos, de la conducta poco ejemplar de los dioses son aludidos frecuentemente por los apologistas.

la mente de los niños, quedan grabadas estas fábulas durante su adolescencia, hasta que llegan al pleno vigor de su edad, y los infelices se hacen viejos con estas mismas ideas, ignorando que la verdad es algo accesible, pero para quienes la buscan.

«En efecto, todos los antiguos escritores griegos y romanos tuvieron a Saturno, el jefe de este linaje y de toda esta muchedumbre, por un hombre. Esto es conocido por Nepote y por Casio en su historia, y Thalo y Diodoro también lo afirman.⁸⁹ Pues este Saturno, huyendo de Creta por miedo a la crueldad de su hijo, llegó a Italia, donde fue acogido como huésped por Jano y, como era griego e instruido, enseñó muchas cosas a aquellos hombres rudos y agrestes: a escribir las letras, a grabar monedas y a fabricar algunos instrumentos. Quiso llamar Lacio a su escondite, puesto que en él encontró un refugio seguro, y dejaron como recuerdo para la posteridad la ciudad de Saturnia y Jano el Janículo. De este modo, quien huyó y se escondió es un hombre, padre de un hombre y nacido de un hombre; fue proclamado padre de la tierra o del cielo porque los itálos pensaban que procedía de padres desconocidos, al igual que todavía hoy denominamos enviados del cielo a los que aparecen de improviso, e hijos de la tierra a los que son de origen humilde o desconocido. Su hijo Júpiter, una vez que su padre fue expulsado, reinó en Creta, allí murió y allí tuvo hijos; todavía se visita hoy la gruta de Júpiter y se enseña su sepulcro y el propio culto que se le tributa confirma su condición humana.

XXIV. La veneración romana de las estatuas de los dioses

«Es ocioso ir uno por uno y explicar la serie completa de la genealogía de los dioses, dado que su condición mortal ha quedado probada por los primeros progenitores y ha pasado a los restantes por la misma sucesión ordinaria. A no ser que inventéis dioses después de la muerte, y que hagáis de Rómulo un dios por el perjurio de Próculo,⁹⁰ y lo mismo de Juba⁹¹ por la voluntad de los moros, y consideréis divinos a los restantes reyes que son consagrados no para hacer creer en su divinidad, sino para honrar el poder que una vez tuvieron. Este nombre se les adjudica además en contra de

89 Comelio Nepote escribió en el siglo I A.C. una serie de biografías de personajes griegos y romanos bajo el título *De viris illustribus*, así como unas *Crónicas*, hoy perdidas; Casio Hemina (siglo II A.C.) es el autor de una obra histórica, denominada *Annales*, de la que solo se conservan algunos fragmentos; Thalo, cronógrafo griego de la época imperial, escribió una historia con criterios cronológicos; por último, Diodoro Sículo o de Sicilia (siglo I A.C.) es el autor de la *Bibliotheca histórica*, una extensa historia universal en 40 volúmenes.

90 El senador romano Julio Próculo pretendía que se le había aparecido Rómulo después de muerto y le había ordenado adorarlo como un dios.

91 Juba II era rey de Mauritania. El emperador Augusto, amigo suyo, le restituyó el reino del que su padre le había desposeído.

su voluntad, pues desean perseverar en su condición humana, temen convertirse en dioses e, incluso ya viejos, lo rechazan. Por lo tanto, no puede haber dioses de entre los muertos, porque un dios no podría morir, ni de entre los nacidos, porque todo lo que nace muere; por el contrario, es divino lo que no tiene ni nacimiento ni muerte. ¿Por qué razón, si en otro tiempo nacieron dioses no lo pueden hacer hoy día? ¿Acaso Júpiter ha envejecido, Juno ya no es fértil y Minerva ha encanecido antes de dar a luz? ¿O no será más bien, que esa procreación ha cesado porque no se da crédito alguno a semejantes fábulas? Por lo demás, si los dioses pudieran engendrar y no pudieran morir, tendríamos más dioses que todos los hombres juntos, hasta el punto de que ni el cielo podría contenerlos, ni el aire abarcarlos, ni la tierra sostenerlos. De donde es evidente que aquellos de los que leemos que han nacido, y a los que sabemos muertos, no han sido más que hombres.

«¿Quién duda de que el vulgo, cuando reza y da culto público a las imágenes consagradas de estos dioses, lo hace porque la opinión e inteligencia de los ignorantes es engañada por la armonía del arte, deslumbrada por el fulgor del oro, y seducida por el brillo de la plata y por el esplendor del marfil? Pero si alguno reflexionara acerca de los instrumentos de tortura, y de los artefactos con los que se fabrica cualquier estatua, se avergonzaría de temer la materia con la que juega el artífice para hacer un dios. En efecto, a un dios de madera, quizá un resto de pira funeraria o de leño estéril, se le cuelga, golpea, labra, pule. Y un dios de bronce o de plata, muy a menudo procedente de un pequeño vaso inmundo, como el que se hizo para el rey de Egipto,⁹² es fundido, triturado con mazos y trabajado en el yunque; y a un dios de piedra le golpea, esculpe y pule un hombre impuro, sin que se muestre sensible al ultraje de su nacimiento, ni más tarde al culto que le rendís con vuestra veneración. Porque ese material es fundido, trabajado, esculpido, y todavía no es dios; lo sueldan luego, lo ponen derecho, pero tampoco es dios todavía; finalmente es adornado, consagrado, y se le hacen súplicas. Así que comienza a ser Dios, cuando el hombre quiere, y le dedica culto.

«¡Cuántas cosas, en cambio, los animales mudos aprecian instintivamente de vuestros dioses! Los ratones, las golondrinas, los milanos saben y se dan cuenta de que son insensibles: los pisotean, se sientan sobre ellos y, si no se les echa, hacen el nido en la boca misma de vuestro dios; las arañas

92 Alusión a un episodio relatado por Heródoto (*Historia*, II,172), según el cual el rey de Egipto Amasis, que era de procedencia humilde y no fue al principio bien aceptado por el pueblo, hizo refundir una jofaina de oro en la que se lavaba los pies él y sus invitados y hacer de ella una estatua de una divinidad, que expuso a la veneración pública, revelando más adelante al pueblo de dónde procedía la estatua y comparando el caso con su propio origen.

les envuelven el rostro con su tela y cuelgan sus hilos de su misma cabeza. Vosotros los laváis, limpiáis, frotáis, y protegéis y teméis a aquellos que vosotros mismos fabricáis, sin que ninguno de vosotros piense que debe antes conocer a Dios que darle culto, ya que todos se apresuran a obedecer irreflexivamente a sus antepasados, prefiriendo adherirse al error ajeno que fiarse de sí mismos, porque nada saben de aquello que temen. Así es como en el oro y en la plata se ha consagrado la avaricia, así es como ha quedado acreditada la hermosura de estatuas sin vida, así es como ha nacido la superstición romana.

«Si examinas los ritos de los romanos, ¡cuántos de ellos son ridículos y dignos de lástima! Unos corren desnudos en lo más crudo del invierno, otros van cubiertos con el pîleo,⁹³ se pertrechan con sus viejos escudos, hacen sonar la piel de los tambores y portan de aldea en aldea a sus dioses mendicantes. Hay algunos templos que solo permiten la entrada una vez al año, otros no se pueden visitar en absoluto; hay lugares donde no se permite entrar a los varones y ritos en los que se excluye la presencia de mujeres, e incluso, para un esclavo, participar en algunas ceremonias constituye un escándalo que debe ser expiado; hay estatuas que son coronadas por una mujer casada solo una vez, otras en cambio son coronadas por una mujer que se haya casado varias veces, y se busca con gran celo, a la que pueda contar en su haber con varios adulterios. ¿Pues qué?, a quien hace libación de su propia sangre y ofrece súplicas con sus propias heridas, ¿no le convendría más ser considerado profano que religioso de este modo? O el que es mutilado en sus partes impúdicas, ¿no ultraja acaso a Dios al aplacarle de esta manera?, pues, si Dios quisiera que hubiera eunucos, podría crearlos, en lugar de hacerlos así después. ¿Quién no comprende que hace falta ser poco cuerdo y haber perdido la razón para delirar con estas cosas, y que solo la multitud de los extraviados se justifica mutuamente con ellas? En este caso, la justificación del delirio colectivo es el gran número de los que deliran.

XXV. Los romanos son superiores por su crueldad, no por su piedad

«Se puede alegar, sin embargo, que esta misma superstición es la que a los romanos les ha otorgado, aumentado y consolidado el imperio, pues no sobresalían tanto por su fuerza cuanto por su religión y piedad. En efecto, ya en los orígenes mismos del imperio naciente se encuentra el

93 Gorro o casquete de lana que usaban los esclavos y con el que los ciudadanos también se cubrían en algunas fiestas y ceremonias religiosas.

insigne y noble sentido romano de la justicia. ¿No es verdad que en su mismo origen crecieron unidos por el crimen y protegidos por el terror que inspiraba su crueldad? En efecto, el núcleo primero del pueblo se reunió en torno a un lugar inviolable. Allí habían acudido los infames, criminales, incestuosos, asesinos, traidores y, para superar a su pueblo en el crimen, el propio Rómulo, su jefe y gobernante, cometió un fratricidio. Estos son los primeros auspicios de un pueblo religioso. Luego, contra todo derecho raptó, violó y ultrajó a jóvenes extranjeras ya desposadas, ya prometidas en matrimonio, así como a algunas mujeres casadas y entabló una guerra con los padres de ellas, es decir, con sus suegros, derramando así la sangre de sus propios allegados. ¿Hay algo más irreligioso, más temerario, que constituya una prueba más clara de la impunidad del crimen? Por otra parte, el modo de proceder común a Rómulo, a los demás reyes y a los jefes que les sucedieron, consistía en expulsar a los pueblos vecinos de sus tierras, destruir las ciudades limítrofes con sus templos y altares, hacer prisioneros por la fuerza, crecer a costa de los daños ajenos y de los crímenes propios. Así, pues, todo lo que los romanos tienen, veneran, poseen, es el botín de su audacia: todos sus templos proceden de los saqueos, es decir, de las ruinas de las ciudades, de los despojos de los dioses, del asesinato de los sacerdotes.

«Es un insulto y un ultraje ponerse al servicio de las religiones vencidas y adorarlas, una vez hechas cautivas, después de la victoria, pues adorar aquello de lo que te has apoderado es cometer un sacrilegio, no rendir culto a la divinidad. Por consiguiente, los romanos han sido impíos tantas veces, cuantas han triunfado y han robado tantos despojos a los dioses como trofeos a los pueblos. De modo que los romanos no son tan grandes por ser religiosos, sino por haber sido impunemente sacrílegos. En efecto, en las guerras no pudieron contar con la ayuda de aquellos dioses contra los que empuñaron las armas y a los que, una vez vencidos, pretendían comenzar a rendirles culto. ¿Pueden acaso hacer algo por los romanos estos dioses que, en favor de sí mismos, nada fueron capaces de hacer contra las armas de aquéllos?

«Conocemos cuáles son los dioses nativos de los romanos: Rómulo, Pico, Tiberino, Conso, Pilumno y Volumno;⁹⁴ Tacio descubrió a Cloacina y le dio culto,⁹⁵ Hostilio hizo lo mismo con el

94 De Rómulo ya se habló. Pico era, según la leyenda, hijo de Saturno y antiguo rey del Lacio; Tiberino, dios del río Tíber; Conso, dios rural y agreste, protector de los pastores y campesinos; Pilumno, dios de los panaderos y de los molineros; Volumno, divinidad protectora de los recién nacidos.

95 Cloacina era la divinidad de la Cloaca Máxima en Roma, lugar en el que Tacio encontró una estatua suya.

Pavor y la Palidez;⁹⁶ después no sé por quién fue dedicado un templo a la Fiebre.⁹⁷ Tal es la religión de la que se ha alimentado esta ciudad: las enfermedades y las debilidades. Sin duda, también Acca Larentia⁹⁸ y Flora,⁹⁹ ramerías desvergonzadas, son incluidas en el número de las enfermedades y las divinidades de los romanos. Esos son los dioses que extendieron el imperio de los romanos frente a los demás, venerados por los otros pueblos, pues, en efecto, ni Marte de Tracia, ni Júpiter de Creta, ni Juno, unas veces de Argos, otras de Samos o de Cartago, ni Diana de Táuride, ni la Madre de Ida, ni esos, más que dioses, monstruos de Egipto, ayudaron a los romanos contra sus propios seguidores.

«Solo por casualidad, se encontraría entre los romanos una castidad mayor en las vírgenes o una religiosidad más piadosa en los sacerdotes, pues casi la mayor parte de las vírgenes, que imprudentemente se unieron a los hombres sin que Vesta lo supiera, fueron castigadas por adúlteras, quedando las restantes impunes, no por una castidad mejor preservada, sino por una deshonestidad más afortunada. Por otra parte, ¿dónde mejor que entre el altar y el templo traman, incitan y cometen los sacerdotes los abusos, el comercio carnal y los adulterios? El placer desenfrenado se practica más a menudo, en las habitaciones de los guardianes del templo que en los mismos prostíbulos. Sin embargo, antes de ellos y por concesión divina, los asirios, los medos, los persas, los griegos y hasta los egipcios poseyeron reinos durante largo tiempo, a pesar de no tener pontífices, ni arvaes, ni salios, ni vestales, ni augures,¹⁰⁰ ni pollos encerrados en una jaula, de cuya actitud de voracidad o de rechazo ante la comida dependiera el gobierno supremo del Estado.

XXVI. Los auspicios y augurios son obra de los demonios

«Paso ahora a ocuparme de aquellos auspicios y augurios romanos que, según has afirmado, han sido reunidos con gran trabajo, castigándose su omisión y siendo recompensada su observancia. Es evidente que Clodio, Fiaminio y Juno perdieron sus ejércitos porque no pensaron que

96 Tulo Hostilio, tercer rey de Roma, dedicó templos al Pavor y a la Palidez.

97 El templo se hallaba situado en la ladera del monte Palatino.

98 Con el nombre de Acca Larentia se designa a diversos personajes, que a veces se confunden, como la diosa de los muertos o la mujer que crió a Rómulo y Remo. Minucio, siguiendo sobre todo a Tertuliano, se refiere a una prostituta que, según la leyenda, legó sus bienes al pueblo romano.

99 Esposa de Céfito, diosa de las flores y de los cereales, frutales y viñedos, en cuyo honor se celebraban en primavera las fiestas llamadas floralia, con un marcado carácter licencioso.

100 Los augures eran adivinos que se encargaban de la interpretación de la voluntad de los dioses a partir de la observación y estudio de la actividad y comportamiento de las aves. Uno de los signos que utilizaban para sus presagios y vaticinios era la actitud de los pollos sagrados durante la comida: la avidez era un presagio favorable y el rechazo o inapetencia, desfavorable.

debían esperar el augurio favorable de los pollos. ¿Y Régulo?¹⁰¹ ¿Acaso no observó los augurios y sin embargo fue hecho prisionero? Mancino respetó la religión y fue sometido y entregado al enemigo.¹⁰² También Paulo tuvo a su favor que los pollos se mostraran voraces y, sin embargo, fue derrotado en Cannas con la mayor parte de la república.¹⁰³ Cayo César, en cambio, pese a la oposición de los augurios y auspicios, para que hiciera pasar la flota a África antes del solsticio de invierno, los despreció, y así navegó y venció más fácilmente.¹⁰⁴

«¿He de proseguir hablando de los oráculos? Después de su muerte, Anfiarao¹⁰⁵ vaticinó lo que habría de suceder, él, que no fue capaz de adivinar que sería traicionado por su mujer por causa de un collar. El ciego Tiresias¹⁰⁶ veía el futuro, sin ver el presente. Ennio¹⁰⁷ inventó las respuestas de Apolo Pítico sobre Pirro, cuando Apolo había dejado ya de versificar; aquel cauto y ambiguo oráculo suyo cesó cuando los hombres comenzaron a ser más cultos y menos crédulos. Y Demóstenes, sabiendo que las respuestas eran inventadas, acusaba a la Pitonisa de «filipizar».¹⁰⁸

«Sin embargo, se me objetará que alguna vez los oráculos o auspicios dieron con la verdad. Aunque entre muchas mentiras el azar puede aparecer como si fuera algo deliberado, me dedicaré no obstante a explorar en sus profundidades, y sacar a plena luz la fuente misma del error y de la depravación de donde han surgido esas tinieblas. Hay unos espíritus engañosos y perversos, que mancharon su pureza y su perfección original, y se perdieron rebelándose contra su Divino Autor, y para consolarse en su desgracia, procuran arrastrar a los demás hombres al abismo en que ellos se precipitaron. Como se encuentran corrompidos, no tratan sino de corromper a los demás, y como saben que están arrojados de la presencia de Dios, quiere apartar también los demás hombres por medio de sacrílegas supersticiones. Asimismo, los magos no solo conocen a los demonios, sino que incluso por medio de ellos hacen todos los prodigios con los que se divierten. Bajo su

101 M. Atilio Régulo fue hecho prisionero por los cartagineses en la primera guerra púnica, el año 255 A.C., y enviado a Roma a negociar un intercambio de prisioneros. A su regreso a Cartago, fue torturado hasta la muerte, por haber pedido al Senado romano que no aceptara las condiciones de los cartagineses.

102 Cayo Hostilio Mancino fue derrotado en la lucha contra los numantinos, el año 137 A.C., y firmó un tratado que el Senado romano se negó a ratificar, siendo así Mancino entregado a sus enemigos.

103 Durante la segunda guerra púnica, Lucio Paulo Emilio fue derrotado por Aníbal en la batalla de Cannas, el año 216 A.C.

104 El año 47 A.C., durante su campaña contra Pompeyo, César embarcó en Sicilia rumbo a África, para combatir contra un ejército que los pompeyanos habían reconstruido.

105 Adivino de Argos, se escondió para evitar tener que participar en la expedición de los Siete contra Tebas, al haber vaticinado que moriría en ella.

106 Adivino ciego de Tebas, que aparece con frecuencia en las tragedias griegas.

107 Quinto Ennio, fue un poeta nacido en Calabria.

108 Es decir, la acusaba de mostrarse partidaria de Filipo de Macedonia.

inspiración e influjo, realizan sus imposturas de hacer que aparezca lo que no es y que desaparezca lo que es. Hostanes,¹⁰⁹ el primero de esos magos, tanto por su elocuencia como por su eficacia, se ocupa en describir al verdadero Dios con la dignidad que se merece, y sabe que sus ángeles, es decir, sus ministros o enviados, guardan el trono de Dios y están junto a Él venerándole, de manera que se estremecen aterrados a una sola señal o expresión de su rostro. Este mismo mago ha proclamado que los demonios son seres terrenales, errantes y enemigos del género humano. ¿No es acaso verdad que Platón, que creía que encontrar a Dios era un asunto difícil, habla en cambio sin dificultad de los ángeles y de los demonios y en su *Banquete* se esfuerza en explicar la naturaleza de los demonios? En efecto, pretende que es una sustancia intermedia entre la mortal y la inmortal, es decir, entre el cuerpo y el espíritu, compuesta de una mezcla de pesadez terrena y de ligereza celeste, a partir de la cual —nos advierte— se forma en nosotros el deseo amoroso, que se desliza en el corazón humano, mueve la sensibilidad, estimula los afectos e infunde el ardor de la pasión.¹¹⁰

XXVII. Los dioses paganos son demonios

«Estos espíritus impuros, que, como han mostrado los magos, los filósofos y Platón, no son sino demonios, se ocultan bajo la forma de estatuas e imágenes sagradas y, con su influencia, se revisten de la autoridad propia de una divinidad realmente presente, inspirando a veces a los adivinos, habitando en los templos, dando vida en ocasiones a las fibras de las vísceras,¹¹¹ dirigiendo el vuelo de las aves, decidiendo la suerte y realizando oráculos envueltos en muchas falsedades. Pues, en efecto, yerran e inducen a error, ya que desconocen la verdad pura y, cuando la conocen, para su propia perdición, no la confiesan. Así es como hacen caer a las almas desde lo alto del cielo y las apartan del Dios verdadero para llevarlas en cambio a las cosas materiales, perturban la vida, inquietan los sueños; introduciéndose ocultamente en los cuerpos como espíritus sutiles, provocan enfermedades, aterrorizan a las mentes, atormentan los miembros del cuerpo para obligarlos a darles culto, de modo que, saciados por el olor de los altares o por los animales inmolados, parezca que han operado la curación, cuando solo han soltado lo que les oprimía. Tales son también esos locos a los que veis salir corriendo en público: profetas ellos mismos, pero fuera del templo,

109 Hostanes fue un célebre mago de la Antigüedad, cuya figura dio lugar a relatos legendarios.

110 Cf. Platón, *El Banquete*, 195 e-196 a y 202 e-203 a. La palabra «ángel» no es utilizada por Platón, pues se introdujo en la lengua griega en época más tardía, probablemente a través del hebreo.

111 Se refiere a las entrañas de los animales que servían para elaborar los vaticinios y presagios.

cometen locuras, deliran y caen rodando, pues en ellos actúa una similar instigación del demonio, aunque su locura se manifieste de otro modo. A ellos se refieren esas cosas de las que has hablado poco antes, como la repetición de los juegos ordenada por Júpiter como consecuencia de un sueño, o la visión de Castor y su hermano con los caballos o la barca que seguía al ceñidor de una matrona.

«Todas estas cosas las saben la mayor parte de los vuestros y los propios demonios las confiesan de sí mismos, cada vez que los expulsamos de los cuerpos por medio del tormento de nuestra palabra y del fuego purificador de nuestra oración. Saturno, Serapis, Júpiter y cualquier otro demonio al que adoráis,¹¹² vencidos por el dolor, proclaman lo que son, y tampoco se atreven a mentir para infamia suya, especialmente en presencia de alguno de vosotros. ¡Creedles como testigos que de sí mismos confiesan que en verdad son demonios! Pues los desgraciados, cuando son conjurados en nombre del único y verdadero Dios, en contra de su voluntad se estremecen en sus cuerpos y, o bien salen de ellos de inmediato, o desaparecen poco a poco, según ayude la fe del que lo padece o influya la gracia de quien cura. Así es como huyen de la proximidad de los cristianos, a los que en sus reuniones acosaban de lejos por medio de vosotros. Por esta razón, se introducen en las mentes de los ignorantes y, movidos por el temor, siembran ocultamente el odio contra nosotros, pues resulta natural odiar y, si se puede, dañar a quien se tiene miedo. De este modo se apoderan de las almas y embotan los corazones, para que los hombres comiencen a odiarnos antes de conocernos, no sea que, si nos conocen, puedan imitarnos, o, al menos, no nos puedan condenar.

XXVIII. Los demonios instigan los ataques contra los cristianos

«Pero ¿puede por ventura haber mayor injusticia, que condenar lo que no se conoce? Creednos, cuando confesamos nuestro delito. Sí, nosotros estuvimos tan ciegos como lo estáis vosotros. Nosotros estábamos persuadidos, también, que los cristianos adoraban monstruos, que despedazaban a sus hijos, y que se abandonaban a la disolución en sus festines, y no comprendíamos que tales invenciones eran siempre creadas por esos demonios, sin que se investigaran ni se sometieran a prueba, y que entre tantos pretendidos culpables, no se hallase uno solo que confesase su delito, por más seguro que estuviese de la impunidad y aun de la recompensa; sino que, por el contrario, todos hacían alarde de su Religión y solo se arrepentían de no haberla abrazado más temprano.

¹¹² Minucio Félix afirma aquí que esos personajes que los antiguos divinizaron son demonios; contradiciendo afirmaciones suyas anteriores en las que había señalado que tales dioses no son más que hombres.

«Mientras nosotros no teníamos dificultad en defender a unos hombres reos de sacrilegio, de incesto y de parricidio, no queríamos oír a los cristianos, y algunas veces también, movidos de una compasión cruel, hacíamos que sufrieran la tortura, para forzarlos a que se salvaran negando su profesión de cristianos; y para arrancar de su boca una mentira, nos servíamos de aquellos mismos medios que se han inventado para lograr la confesión de la verdad. Y si algún cristiano débil cedía a la violencia de los tormentos, y negaba su religión, lo ensalzábamos, como si aquella cobarde mentira lo purgase de todos los crímenes que había cometido según nuestras preocupaciones. Ya veis, pues, que nosotros pensábamos y obrábamos como vosotros pensáis y obráis ahora. Pues si hubiera sido la razón, en vez de la instigación del demonio, la que juzgara, se les debería haber presionado para que confesaran las uniones incestuosas, los ritos sacrílegos y los sacrificios de niños pequeños, y no para que negaran ser cristianos. Pero lo que hacíamos, era solo dar oídos a las sugerencias de los demonios, que andan esparciendo por todas partes estos rumores calumniosos contra los cristianos, para que lleguen a ser la execración de los pueblos.

«De ahí procede también lo que dices haber oído: que la cabeza de un asno es para nosotros una cosa divina. ¿Quién puede ser tan necio para dar culto a una cosa así? ¿Quién todavía más necio, capaz de creerlo? Solo vosotros, que consagráis asnos enteros en los establos, por ejemplo a vuestra diosa Epona,¹¹³ y que devoráis religiosamente los mismos asnos en compañía de Isis. Igualmente, sacrificáis y dais culto a las cabezas de los bueyes y de los carneros, y veneráis a dioses que son mezcla de macho cabrío y de hombre, y a dioses con rostro de león y de perro.¹¹⁴ ¿No es cierto que, al igual que los egipcios, adoráis y alimentáis al buey Apis?¹¹⁵ Y no condenáis sus ritos sagrados instituidos en honor de serpientes, cocodrilos, aves, peces y otros animales, todos ellos dioses, cuya muerte se castiga con la pena capital para quien la comete.¹¹⁶ Los mismos egipcios, como la mayor parte de vosotros, no temen más a Isis que al picor de las cebollas,¹¹⁷ ni tiemblan más ante Serapis que ante los ruidos procedentes de las partes vergonzosas del cuerpo.

«También el que habla contra nosotros, acusándonos de adorar las partes viriles de los sacerdotes, trata de atribuirnos lo que en realidad es suyo. Tales deshonestidades son quizá ritos sagrados

113 Diosa celta, adoptada por los romanos, protectora de los asnos y de los caballos.

114 Alusión a las representaciones figurativas de diversas divinidades egipcias.

115 Buey sagrado venerado especialmente en Menfis.

116 La zoolatría egipcia o culto a dioses animales fue ya criticada por muchos autores paganos y constituyó también un motivo habitual de crítica para los judíos y los cristianos.

117 Según el escritor latino Juvenal, entre los egipcios existía la prohibición de comer cebollas.

para aquellos de uno y otro sexo que se prostituyen en todos sus miembros, llaman elegancia a la desvergüenza, envidian la incontinencia de las prostitutas, lamen a los que son medio hombres, tocan con su boca libidinosa las partes genitales, hombres de mala lengua aunque estuvieran callados, a los que su indecencia les produce hastío antes que vergüenza. ¡Qué sacrilegio! Cometen contra sí mismos un crimen funesto, que ni una época más tolerante es capaz de soportar, ni se puede imponer a la servidumbre más dura.

XXIX. El cristiano no adora a un criminal ni a la cruz

«¡O vanos esfuerzos! Todos esos fantasmas de la impostura desaparecen en presencia de la verdad, y esas abominaciones, que atribuíis osadamente a los hombres más castos y honestos, ni aun se tendrán por posibles, sino es que hallemos ejemplos entre vosotros, porque el pudor ni siquiera nos permite oír hablar de ellas, y prohíbe, que nos justifiquemos más extensamente.

«Cuando nos imputáis que adoramos a un criminal y su cruz, ¡cuán lejos estáis de la verdad! Porque pensáis que un criminal ha sido merecedor de que lo adoren los cristianos, y que un hombre terreno ha sido tenido por un Dios. ¡Desgraciados los que ponen su confianza en un hombre mortal, quienes todo lo pierden cuando lo pierden. ¡Ah! Dejemos para los Egipcios esta deplorable ceguera. Es verdad que los egipcios eligen a un hombre a quien van a dar culto y a él solo le ofrecen sacrificios, le consultan todo y le inmolan víctimas. Pero aquel que para los otros es un dios, para sí mismo es ciertamente un hombre, lo quiera o no, y no engaña a su conciencia aunque seduzca a la ajena. También a los príncipes y a los reyes, cuando se les trata no como hombres importantes y selectos, según es lícito, sino como dioses, se les tributa de modo indigno una falsa adulación, pues lo más adecuado es otorgar a un hombre ilustre una honra más justa y a un hombre de bien un afecto más entrañable. Así, se invoca a su divinidad, se ofrecen súplicas ante sus imágenes, se implora a su Genio,¹¹⁸ es decir, a su demonio, y se considera más seguro jurar por el Genio de Júpiter que por el del rey.

Tampoco adoramos la cruz, ni deseamos ser puestos en ella. A vosotros sí que se os podría acusar en esta parte, puesto que adoráis a un dios de madera, y ¿vuestras banderas y estandartes de los campamentos qué son sino cruces doradas y adornadas? Vuestros trofeos victoriosos no solo

¹¹⁸ En la religión romana el Genio es una divinidad tutelar de cada varón (el de cada mujer se llamaba Juno), que le protege desde su nacimiento y que a su muerte puede permanecer como espíritu benévolo o malo.

imitan la apariencia de una simple cruz, sino también la de un hombre clavado en ella. En realidad, el signo de la cruz lo vemos de modo natural en un navío, cuando navega con las velas desplegadas o se desliza con sus remos extendidos; asimismo, cuando se construye un yugo, es un signo de la cruz y también cuando el hombre con las manos extendidas venera a Dios con un corazón puro. De modo que, o bien la razón natural se apoya en el signo de la cruz o vuestra religión es modelada por él.

XXX. Falsa acusación de infanticidio y de inmолación de niños

«Dícese también, que nosotros degollamos a un niño para iniciar en nuestros misterios. ¿Creéis, que haya alguno tan bárbaro, que manche sus manos con la sangre de un tierno niño que acaba de nacer? No, nadie puede creer un crimen tan atroz, sino solamente los que tuvieren ánimo para cometerlo, como vosotros, por ejemplo, que exponéis vuestros hijos a las aves y a las bestias feroces, y los sofocáis; hay incluso mujeres que, mediante la ingestión de brebajes, destruyen en sus mismas entrañas el origen del futuro ser humano, cometiendo un homicidio antes de dar a luz.¹¹⁹

«En esto no hacéis sino imitar a vuestros dioses, y entre otros a Saturno, que se tragaba a sus propios hijos; por eso, en algunas partes de África los padres inmолaban a sus hijos recién nacidos, acallando sus gemidos con caricias y besos, para no ofrecer una víctima llorosa. Los tauros del Ponto, así como el egipcio Busíride,¹²⁰ tenían por costumbre inmолar a los extranjeros; los galos sacrificaban a Mercurio víctimas humanas, o más bien inhumanas; un sacrificio romano consistía en enterrar vivos a un griego y una griega, un galo y una gala, y todavía hoy los romanos veneran a Júpiter Lacial con un homicidio y, cosa digna de un hijo de Saturno, lo ceban con la sangre de un hombre malvado y criminal.¹²¹ Estoy convencido de que el mismo Júpiter es quien enseñó a Catilina a juramentarse con un pacto de sangre y a Belona¹²² a empapar de sangre humana sus ceremonias de culto y a sanar la epilepsia¹²³ con sangre humana, es decir, con un mal aún más grave. Algo semejante hacen quienes se alimentan de las fieras que proceden de la arena, untadas

119 Tanto la exposición de los niños como el aborto eran prácticas denunciadas y netamente rechazadas por los judíos y cristianos, así como por algunos autores paganos.

120 Rey legendario de Egipto, célebre por su crueldad, que murió a manos de Hércules.

121 En honor de Júpiter Lacial se celebraban anualmente en los montes Albanos las *feriae Latinae*, que al parecer incluían sacrificios humanos. Los apologistas cristianos aluden con frecuencia a ello.

122 Diosa originaria de Capadocia, cuyos sacerdotes se hacían cortes en el cuerpo para hacer brotar la sangre.

123 Enfermedad considerada sagrada, que recibía el nombre de *morbis comitialis*. Se creía que se podía curar bebiendo la sangre de un gladiador recién muerto sobre la arena.

e impregnadas de sangre humana o cebadas con miembros y vísceras humanas. A nosotros nos está prohibido presenciar las muertes, y aun oírlas; y miramos con tanto horror el derramamiento de la sangre humana, que en los alimentos no admitimos siquiera la sangre de los animales comestibles.

XXXI. La pureza y sobriedad en los cristianos

«Los Demonios han forjado también la fábula de nuestro banquete incestuoso, para oscurecer la gloria de nuestra castidad, si fuera posible, y disuadir así a los hombres que deseen abrazar nuestra religión. Acerca de esto, tu compatriota Frontón no ha actuado como testigo que da un testimonio imparcial, sino como orador que se ha dedicado a propagar la injuria, pues tales cosas proceden más bien de vuestra gente, porque sin hablar de los persas que se casan con sus madres, ni de los atenienses y egipcios que se casan con sus hermanas, ahí están, sin ir más lejos, vuestras historias y vuestras tragedias, que veis y oís con tanto gusto, las que están llenas de incestos, de las que se glorían vuestros héroes. Pero no es extraño que estos excesos sean comunes entre vosotros, pues tenéis a vuestros mismos dioses por cómplices y por modelos, pues de igual modo, dais culto a dioses que han cometido uniones incestuosas con su madre, su hija o su hermana. Con razón, pues, el incesto aparece con frecuencia entre vosotros y siempre se permite. Desgraciados, incluso sin saberlo podéis precipitaros hacia las cosas ilícitas, ya que os dedicáis a esparcir el amor con total promiscuidad, a engendrar hijos por doquier, a dejar no raras veces a los nacidos en vuestro hogar a merced de la misericordia ajena, siendo inevitable que os encontréis por azar con vuestros propios hijos. Así, urdís la mentira del incesto, incluso sin tener conciencia de ello.

«Nosotros, en cambio, mostramos el pudor no en el rostro, sino en el alma: de buena gana permanecemos unidos con el vínculo de un único matrimonio y ejercemos el deseo de engendrar con una sola mujer, o con ninguna. Nuestros banquetes no son solo honestos, sino también sobrios, pues no nos excedemos en la comida ni prolongamos los banquetes bebiendo vino sin mezcla, sino que moderamos la alegría con gravedad, por medio de una conversación casta y de un cuerpo aún más casto, y hay muchos entre nosotros que disfrutan, sin jactarse de ello, de la virginidad perpetua de un cuerpo intacto; en suma, el deseo del incesto está tan lejos de nosotros que a algunos incluso una unión honesta les avergüenza.

«Por lo que atañe a los honores y a la púrpura, no porque reusemos estas cosas se ha de decir que somos de las heces del pueblo. Tampoco somos sediciosos, porque tanto congregados como separados, profesamos la misma sumisión y somos igualmente pacíficos. No queremos hablar en presencia vuestra, porque vemos que os avergonzáis y que teméis escucharnos.

«Con todo, el número de los cristianos aumenta considerablemente de cada día, y esto no es un crimen que se nos pueda imputar, sino una preocupación vuestra a nuestro favor, pues una de las prerrogativas de la virtud, es conservar siempre a sus partidarios y adquirir incesantemente nuevos. No es cierto que nos damos a conocer por medio de algunas señas exteriores del cuerpo, sino por la inocencia y la modestia. Nos amamos todos mutuamente y a nadie sabemos aborrecer; nos llamamos hermanos, porque un mismo Dios es nuestro padre; profesamos todos una misma fe y todos somos herederos de unas mismas esperanzas. Vosotros, por el contrario, no os conocéis, o lo que es peor todavía, no os conocéis sino para aborreceros: solamente os consideráis como hermanos en vuestros fratricidios.

XXXII. Los templos y la verdadera adoración al Dios invisible

«Creéis también, que nosotros no tenemos templos, ni altares, porque queremos ocultar lo que adoramos. Veamos: ¿Por qué hemos de pretender trazar la imagen de la Divinidad? ¿No es el hombre su imagen? ¿Y por qué hemos de encerrar a la Divinidad dentro de las paredes de un templo, cuando sabemos que ni el mundo entero, su obra, podría contenerla? Y yo mismo, que como hombre habito holgadamente, ¿voy a encerrar a un ser tan majestuoso dentro de un pequeño templo? ¿No es mejor erigirle un templo en nuestra alma, consagrarle un altar en nuestro corazón? ¿Seré yo tan loco, que le ofrezca panes y víctimas que Él ha creado para mi uso? No, por cierto, yo sería un ingrato si despreciase sus dones, sabiendo, principalmente, que las ofrendas que la Divinidad me pide, son una alma recta, una conciencia pura y una fe sincera. El que vive en la inocencia le ora, el que practica la justicia le ofrece libaciones, el que se abstiene del mal le presenta una ofrenda agradable, el que salva la vida de otro hombre degüella en honor suyo la víctima más robusta. Este es nuestro culto, estos son nuestros sacrificios, y aquel entre nosotros más justo, es el más religioso.¹²⁴ Es verdad que no podemos mostrar a nuestro Dios, ni tampoco verlo; por eso

¹²⁴ Todo cuanto dice Minucio feliz acerca del culto interior y espiritual, es muy sólido y cierto, porque no es exclusivo ni se puede inferir cosa alguna contra el culto exterior. Casi todos nuestros apologistas, por razones de prudencia y discreción, evitaban tratar sobre estos

lo creemos Dios, pues por todas partes podemos percibir su presencia, pero jamás lo vemos. Todas sus obras, todas las maravillas de la naturaleza anuncian su presencia y su poder. No os admiréis, si es que no lo veis. ¿Acaso veis los vientos, que todo lo agitan y lo ponen en movimiento? Aun el sol, que os lo hace ver todo, es casi invisible porque el vivo resplandor de sus rayos deslumbra en tales términos, que si os obstinaraís en mirarlo de hito en hito, estaríais expuestos a perder la vista. ¿Cómo, pues, es posible, que podáis sostener el resplandor divino del que ha creado el sol, y es manantial eterno de la luz, cuando solamente sus relámpagos os ponen en huida, y os ocultáis de su trueno? ¿Con esos ojos de la carne, con los cuales no veis vuestra alma, pretendéis ver a Dios?

«Pero objetas: ¿cómo es que Dios sabe todo lo que nosotros hacemos? ¿Puede por ventura verlo y oírlo todo desde lo alto del cielo? ¡Miserable objeción! ¡O crasa ignorancia! ¿Cómo puede ser que Dios esté lejos de nosotros, si ocupa por su inmensidad el cielo, la tierra y todo el universo? No basta, pues, decir, que está cerca de nosotros, sino que está en nosotros mismos, o por mejor decir, que nosotros estamos en Él. Si el sol, no obstante que está clavado en el cielo, se esparce por todas partes, hace sentir su influencia y comunica su luz a todos los seres, con mayor razón el Autor del sol y del mundo entero, para quien no puede haber cosa alguna secreta, se hallará presente hasta en las tinieblas, y aun en las tinieblas más profundas, que son los pensamientos del hombre. No solo actuamos bajo su mirada, sino que, por así decir, vivimos también con Él.

XXXIII. Sobre la derrota de los judíos

«No pretendemos valernos de nuestro gran número, porque el gran número es nada para Dios. Nosotros distinguimos los países y las naciones, pero a los ojos de Dios, el mundo entero no es más que una familia. Los reyes no ven lo que pasa en sus estados, sino a través de los ojos de sus ministros. Dios no necesita que le adviertan nada, porque nosotros, no solamente estamos delante de sus ojos, sino en su seno.

«Pero dirás, que de nada les sirvió a los judíos adorar, como nosotros, a un solo Dios, y consagrarle un culto tan religioso. ¿Ignoráis por ventura la historia del pueblo de que habíais? ¿O es que no os acordáis, sino de lo que le ha sucedido en estos últimos tiempos? Mientras los judíos fueron

asuntos, porque no querían exponer la fe a la mofa de los paganos, ni los fieles a la persecución, manifestando los lugares de sus reuniones. Es igualmente cierto, que los cristianos, ya desde los primeros siglos, tuvieron lugares especialmente consagrados al culto divino, los que eran ya entonces los mismos que ahora, en cuanto al fondo y a las ceremonias esenciales, como lo demuestran nuestros antiguos monumentos, y como también podemos ver en San Justino, mucho más antiguo que Minucio Félix.

.....

fieles adoradores de nuestro Dios, que es el Dios de todos los hombres, y mientras obedecieron sus órdenes y su ley, prosperaron en todo: se multiplicaron prodigiosamente, abundaban de toda especie de bienes, reinaban sobre todos sus enemigos, y un puñado de judíos ponía en fuga a ejércitos innumerables. Sin armas, destrozaban a los ejércitos más aguerridos, y los elementos mismos combatían en favor suyo, pues Dios estaba al frente de ellos. En una palabra, eran invencibles.

«Leed a sus historiadores, o si os parece mejor, a los de los romanos. Allí veréis, que sus pecados fueron el origen de todos sus desastres, que todo cuanto les ha sucedido les había sido predicho, que ellos abandonaron a Dios antes que Dios los abandonase a ellos, y que no fueron hechos prisioneros con su Dios, como decís los impíos, sino que su mismo Dios los entregó, como desertores de su ley, a discreción de sus enemigos.

XXXIV. El fin del mundo y de la resurrección

«En cuanto al incendio universal, que con el tiempo ha de consumir al mundo, solamente el vulgo puede tenerlo por extraño. ¿Qué filósofo hay que no sepa, que todo lo que ha tenido un principio ha de tener un fin; y que ha de llegar el día en que sea destruido el cielo juntamente con todos los astros de que está sembrado? Los epicúreos son de la misma opinión, en lo que respecta a la conflagración de los elementos y a la destrucción del mundo. Platón dice que las partes del mundo alternativamente se inundan o se consumen por el fuego y,¹²⁵ aunque afirma que el mundo ha sido hecho perpetuo e indisoluble, añade que para su artífice, el único Dios, es sin embargo disoluble y mortal.¹²⁶ No es de extrañar, por tanto, que esta gran mole del mundo sea destruida por quien la construyó. Ya ves, que vuestros filósofos dicen lo mismo que nosotros, no porque nosotros hayamos seguido sus huellas, sino porque ellos han tomado de nuestros profetas estas verdades, aunque las han corrompido y no nos presentan sino una vana sombra.¹²⁷

«Lo mismo han afirmado algunos sabios de aquellos, como Pitágoras y Platón, con respecto del dogma de la resurrección que nos enseñan en sus escritos; porque pretenden que las almas después de la muerte subsisten eternamente y pasan continuamente a nuevos cuerpos. Y para desfigura aún

125 Cf. Platón, *Timeo*, 22 c.

126 Cf. Id., *Timeo*, 41 a-b.

127 Entre los apologistas cristianos de los primeros siglos estaba muy difundida la idea de que la verdad anunciada por los profetas y contenida en el Antiguo Testamento fue plagiada por los filósofos griegos; sólo así se explicaban sorprendentes puntos en común con algunas de las doctrinas reveladas.

más la verdad, se han imaginado que estas almas van a animar los cuerpos de los animales domésticos, de las aves o las fieras salvajes; opinión más digna de un bufón que quiere hacer reír, y no de un filoso reflexivo. Pero basta para mi propósito mostrar, que también en este punto vuestros sabios están de algún modo de acuerdo con nosotros.

«Pero ¿se le puede disputar a Dios, que ha creado al hombre, el poder de resucitarlo? ¿No es mucho más difícil dar el ser a lo que no es, que renovar lo que ya ha sido, después de su destrucción? Y no digo bien su destrucción, porque lo que parece destruido y vuelto a la nada, no lo es efectivamente. Todo cuerpo, ya se transforme en cenizas y polvo, ya se exhale en vapores y en humo, se desvanece verdaderamente y está perdido para nosotros; pero los elementos se conservan en toda su entereza, y no los pierde Dios de vista en todas las alteraciones que padecen. Por lo demás, nosotros no creemos que la costumbre de quemar los cuerpos pueda servir de obstáculo a la resurrección, pero conservamos el uso de depositarlos en la tierra, como más antiguo y natural.¹²⁸

«Repara en que toda la naturaleza, como para despertar y mantener nuestra fe, nos ofrece por todas partes una imagen de la resurrección. El sol y todos los astros salen y se ponen cada día, las flores mueren y renacen todos los años, los árboles parece que envejecen cuando se despojan y que rejuvenecen por el contrario cuando se cubren de hojas, las semillas, finalmente, se corrompen antes de multiplicar. Pues así los cuerpos después de la muerte, como los árboles durante el invierno conservan el principio de su futura resurrección, y así como no se debe esperar que reverdezcan los árboles en invierno, del mismo modo para la resurrección de los cuerpos debemos esperar a la primavera, esto es, el fin del invierno de esta vida.

«No ignoro que la mayor parte de los hombres, cuando se ven oprimidos por los gritos vengadores de la conciencia, desean ser aniquilados después de la muerte, pero lo desean más bien que lo creen, es decir, que quieren primero morir absolutamente y para siempre, que ser conservados para sufrir. La impunidad durante esta vida, la longanimidad de Dios, cuyos juicios son tanto más justos cuanto son más tardíos, contribuyen a mantenerlos en una ilusión que los lisonjea.

128 Este es un testimonio muy antiguo de la costumbre cristiana de enterrar los cadáveres, práctica que ha prevalecido ininterrumpidamente hasta el día de hoy: cf. *Código de Derecho Canónico*, n. 1176 § 3 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2301.

XXXV. El infierno y el castigo de los crímenes

«Y, sin embargo, los libros de los más sabios y los versos de los poetas recuerdan a los hombres aquel río ígneo de la laguna Estigia,¹²⁹ con contornos de fuego, que ha sido preparada para los tormentos eternos, según han dado a conocer las revelaciones de los demonios y los oráculos de los profetas. Por eso, según ellos, el mismo rey Júpiter jura devotamente por las riberas ardientes y los oscuros torbellinos, ya que tiembla ante el castigo que sabe de antemano que está destinado a él y a sus adoradores.

«Los suplicios de los malos no tienen medida ni fin. El fuego, como si estuviera dotado de inteligencia, mantiene sus cuerpos al mismo tiempo que los consume, los devora y los alimenta a la vez, semejante al rayo que mata sin destruir, o a aquellos volcanes que siempre arden sin consumirse. Solamente los impíos pueden negar, que Dios castiga con justicia al injusto y al impío que no quieren reconocerlo, porque igual es el delito del que desconoce al Señor y Padre común de todos, que el del que le ofende.

«Si de la creencia pasamos a la conducta, veréis cuánto más puras que las vuestras son nuestras costumbres, aunque también hay entre nosotros algunos cristianos relajados. Es verdad que vosotros prohibís los adulterios, pero los cometéis; pero nosotros no tenemos intimidación sino con nuestras propias mujeres. Vosotros castigáis las acciones criminales; entre nosotros el pensamiento por sí solo es un crimen. Vosotros teméis a los hombres sabedores de vuestros crímenes; nosotros tememos a nuestra propia conciencia, de la cual no nos podemos apartar ni un solo instante. Las prisiones están llenas de vuestros criminales, pero no hallareis en ellas a ningún cristiano, sino es porque haya dado testimonio de la fe, o algún apóstata.

XXXVI. El destino en el paganismo y la adversidad en el cristianismo

«Que nadie se ampare en el destino, ni le atribuya a él la causa de sus excesos; porque cualesquiera que sean los acontecimientos, el hombre es siempre libre, y solamente es juzgada su acción, independientemente de su fortuna o calidad. El destino es nada, la voluntad de Dios decide sobre todo, porque como ve lo por venir del mismo modo que lo presente, dispone los destinos de cada

129 Es el nombre del río y de la laguna del infierno en la mitología romana y griega, aunque en esta última recibe otro nombre.

uno según sus méritos, que tiene ya previstos. Jamás se castiga al nacimiento, sino al vicio. Esto basta por ahora en cuanto al destino, del que trataré a fondo en otra ocasión.¹³⁰

«Se nos acusa de que todos nosotros somos pobres, y lejos de avergonzarnos, nos gloriamos de serlo. La frugalidad le da firmeza al valor, por el contrario, el lujo lo relaja. Sin embargo, ¿puede llamarse pobre al que de nada necesita, ni desea los bienes ajenos, y es rico a los ojos de Dios? Un hombre verdaderamente pobre es aquel que, a pesar de tener mucho, desea todavía más. Y además, hasta ahora se ha quedado tan pobre como lo era al momento de su nacimiento. Los animales viven, no tienen propiedad alguna, cada día encuentran el alimento que les es conveniente, sin embargo, no existen sino para nosotros, que verdaderamente lo poseemos todo, si nada deseamos. Así como el viajero camina tanto más a gusto, cuanto va menos cargado, del mismo modo en la carrera de la vida, el pobre, libre de cuidados y de molestias, es más feliz que el rico agobiado con el peso de las riquezas. Si nosotros creyéramos que las riquezas pudieran sernos útiles, las pediríamos a Dios, que las tiene en su mano y podría concedernos una parte; pero más deseamos despreciar las riquezas que poseerlas. Primero apetecemos la inocencia, primero pedimos la paciencia, y preferimos la virtud al lujo y a la prodigalidad.

En cuanto a las enfermedades y a las aflicciones, herencia inseparable de la humanidad, no las tenemos tanto por una pena, cuanto por un motivo de combates y victorias. Los trabajos excitan e inflaman el valor, y la adversidad fue siempre la escuela de la virtud. La inacción entorpece las fuerzas del cuerpo y del alma. Todos esos ilustres personajes, que nos proponéis por modelo, debieron a la adversidad sus virtudes y su gloria. No creáis que Dios no pueda, o no se digne venir en socorro nuestro. Dios es Señor del universo, y ama tiernamente a los suyos, pero nos prueba en los trabajos y en los peligros, al modo que se prueba el oro en el fuego. Sondea la voluntad del hombre hasta el último suspiro, nada se le escapa, y nada quedará sin recompensa.

XXXVII. Valor del martirio y renuncia a los placeres y espectáculos paganos

«No hay para Dios mejor espectáculo, que ver al cristiano que combate con el dolor, provoca las amenazas, los tormentos y la crueldad de los verdugos, el aparato y los horrores de la muerte, y que defiende su libertad contra los príncipes y los emperadores, cede solo ante Dios, y muriendo

130 Alusión a una obra del propio Minucio Félix sobre el destino, que se ha perdido, y que es mencionada por S. Jerónimo.

triunfa sobre el juez que lo ha condenado, porque aquel, que ha obtenido lo que pretendía, es el vencedor.

¿Qué soldado hay, que no desprecie el peligro en presencia de su general? A nadie se le premia sin que primero combata. El general, sin embargo, no puede dar sino lo que depende de sí mismo: puede honrar el valor, pero no puede prolongar la vida un solo instante. Dios jamás abandona en el dolor a su soldado, y este triunfa aun de la muerte. Y así, por más que el cristiano parezca miserable, no puede serlo en la realidad.

«Vosotros ensalzáis hasta las nubes a los que han sufrido valerosamente, como, por ejemplo, a un Scévola,¹³¹ que por haber querido matar a un rey, hubiera sido condenado a muerte, de no haberse incinerado su propia mano. ¡Ah! ¿Cuántos de nosotros han sido abrasados enteramente sin que dieran un grito, no obstante que podían salvarse con una sola palabra? Pero yo no debo comparar a nuestros cristianos con un Scévola o un Régulo.¹³² Hasta nuestras mujeres y nuestros hijos provocan las cruces, las torturas, las bestias feroces, y los más espantosos suplicios, y todo lo sufren con una paciencia inalterable, que no puede dejar de ser don del cielo.

«¿No me confesarás, que no hay nadie que quiera sufrir sin razón, o que pueda sufrir tan crueles tormentos sin el socorro divino? Pero quizá os mantiene en la ilusión el espectáculo de tantos infieles, que nadan en la opulencia, se ven colmados de honores, y gozan del poder supremo. ¡Ha! Todos esos son elevados para dar mayor caída, son víctimas que se engordan y se coronan para el sacrificio, pero lejos de pensar en esta espantosa catástrofe, parece que no ocupan los primeros puestos del Estado, sino para abusar del poder que les compete, y para satisfacer sus pasiones.

Sin embargo, ¿cómo puede existir la verdadera felicidad sin el conocimiento de Dios? Esa vana sombra de felicidad, semejante a un sueño ligero, se desvanece antes que pueda tocarse.

Digamos que eres rey, no importa, porque al menos temes tanto como eres temido; y por numeroso que sea tu séquito, te hallarás solo en el peligro. Digamos que eres rico, pero ¿qué confianza puedes tener en la fortuna? Además de que, unos preparativos tan grandes para el corto viaje de la vida no son socorro sino tropiezo. Te glorías de tu púrpura y de tus títulos: gloria frívola de que-

131 Según relata Tito Livio (*Ab urbe cond.*, II, 12), Cayo Mucio Scévola entró en la tienda del rey etrusco Porsenna con intención de asesinarle, pero al no saber quién era, golpeó a su secretario, que se hallaba junto a él. Al ser detenido y amenazado con la tortura, introdujo voluntariamente su mano derecha en el fuego, añadiendo que así castigaba el error cometido por esa misma mano y dando al mismo tiempo una clara señal de su determinación de no proporcionar información alguna, lo que le valió la libertad.

132 Manius Aquilius cónsul y legado romano, fue hecho prisionero por Mitrídates y sometido a grandes humillaciones y terribles tormentos.

debieras avergonzarte, teniendo el alma manchada. Estás orgulloso con tu nobleza, ensalzas a tus antepasados, pero todos somos iguales por naturaleza, y solamente la virtud nos distingue. Con razón, pues, los cristianos que no hacen gloria, sino de la vida y de sus costumbres, huyen de vuestros placeres y de vuestros espectáculos, porque conocen su origen, su peligro y su corrupción. ¿Quién no se horroriza al ver en las carreras de carros la locura del pueblo disputando unos con otros, o en las luchas de gladiadores una verdadera escuela de homicidio? En las representaciones teatrales no es menor la locura ni la desvergüenza: unas veces, el actor narra o representa adúlteros, otras, un comediante afeminado incita al amor mientras lo parodia; el mismo actor deshonra a vuestros dioses escenificando violaciones, gemidos, odios, y con sus dolores simulados, con sus gestos y movimientos vanos, provoca vuestras lágrimas. De este modo, en la realidad reclamáis el homicidio y lo lloráis en la ficción.

XXXVIII. Serenidad ante la muerte. El cristianismo supera a la filosofía

«El que nosotros rechazamos los restos de los sacrificios y las copas utilizadas en las libaciones, no es una confesión de temor, sino una afirmación de verdadera libertad. Pues, aunque todo lo que nace, en cuanto obra inviolable de Dios, no hay acción alguna que lo corrompa, nosotros nos abstemos, sin embargo, para que nadie piense que nos sometemos a los demonios, a los que se ofrecen libaciones, o que nos avergonzamos de nuestra religión.

«¿Quién puede dudar de que a nosotros nos agradan las flores de primavera, siendo así que recogemos la rosa de primavera, la azucena y cualquier otra flor de color y aroma agradables? Las usamos ya sea dispersas, frescas y sueltas, o bien reunidas en guirnalda alrededor del cuello. Pero comprended que no coronemos nuestras cabezas, pues acostumbramos a aspirar con el olfato el agradable perfume de una flor, no a desperdiciarla en el cogote o en los cabellos. Los cristianos, muy diferentes de los paganos también en esta parte, celebran sus funerales con aquella misma modestia que los caracteriza mientras viven. No coronamos a los muertos con flores que se marchitan al instante, porque esperamos de la mano de Dios una corona inmarcesible, y ponemos toda nuestra confianza en sus promesas y en su magnificencia. La seguridad que tenemos de que resultaremos felices, nos hace ya tales desde ahora con la esperanza, ¿qué digo?, con la visión de la recompensa que nos está destinada. ¿Que podríamos temer?

«Por más que Sócrates, engreído con el testimonio dado por el oráculo, nos predique que nada sabe, por más que Arcesiláo, Carnéades, Pirrón,¹³³ y sus secuaces pasen su vida dudando eternamente; por más que Simónides difiera siempre su respuesta, los cristianos desprecian el vano orgullo de todos esos filósofos, que fulminaban elocuentemente sus propios vicios, y no anuncian, como ellos, la sabiduría por su aspecto externo, porque les basta tenerla en el fondo del corazón. Su lenguaje es sencillo, pero su vida es sublime.

Es indubitable, que nosotros nos gloriamos de haber hallado lo que los filósofos buscan siempre y no pueden encontrar. ¿Qué motivo hay para que seamos ingratos, y nos envidiemos a nosotros mismos nuestra felicidad? Si el Dios verdadero se nos ha dado a conocer, gocemos de este inestimable beneficio, desterremos la disputa, cortemos el paso a la superstición, purifiquémonos de la impiedad, y conservemos con el mayor cuidado la verdadera religión.»

CONCLUSIÓN

Conversión de Cecilio a la religión cristiana

XXXIX. Admiración de Minucio y Cecilio

Aquí finalizó Octavio, y Cecilio y yo quedamos de tal manera admirados, que nos mirábamos el uno al otro, sin que pudiéramos pronunciar una palabra. De mí sé decir, que no cesaba de admirar que Octavio, así con la razón como con la autoridad y los ejemplos, hubiese probado una cosa que se comprende más bien que se explica, y que hubiera vencido a nuestros enemigos con sus propias armas, y demostrado que era tan ventajoso como fácil hallar la verdad.

XL. Felicitación de Cecilio, que manifiesta su disposición a hacerse cristiano

Mientras yo me entregaba enteramente a estos pensamientos, exclamó Cecilio: «Yo doy la felicitación con toda mi alma a mi amado Octavio, pero me le doy también a mí mismo, y no tengo necesidad de aguardar a que el juez se pronuncie. Entre ambos hemos vencido, porque también a mí se me debe atribuir el honor de la victoria; pues si Octavio me ha vencido, yo he vencido el

133 Pirrón fue el fundador del escepticismo no académico.

error. Ya me tenéis conforme con vosotros en todo lo que pertenece al fondo de la cuestión. Reconozco la Providencia, creo en Dios, y estoy convencido de la verdad de vuestra Religión, que desde este momento es ya la mía. Aunque algunas cuestiones particulares aún me quedan, no son de tal trascendencia que me impidan abrir los ojos a la verdad, aunque son necesarias para una instrucción completa; sin embargo, espero que mañana me las revelaréis enteramente, pues por ahora nos lo impide la noche que va entrando».

«Me alegro por todos los cristianos —dije entonces—, de que Octavio haya triunfado, tanto más, cuanto de este modo me veo libre de pronunciar un juicio siempre odioso. Pero no hay que quedarse en alabarlo, porque es muy superior a los elogios de un hombre, y solo Dios pudo haberle inspirado lo que acabamos de oír, y haberle dado la victoria».

Con esto nos retiramos los tres muy satisfechos: Cecilio, por haber creído, Octavio, porque había vencido, y yo por la conversión del primero y por la victoria del segundo.

0-0-0-0-0-0

Fuente
Colección de los apologistas antiguos de la religión christiana. Tomo I.
Obra escrita en Francés por el Señor Abate de Gourcy.
Traducida al castellano y dedicada al sabio clero de España.
Por Don Manuel Ximeno y Urieta.
Imprenta Real, Madrid, 1792.
Páginas 153-206.

Confrontada y suplida por Minucio Félix, Octavio
Editorial Ciudad Nueva, 2000.

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora